

El viejo 
alquimista

Q 031

64

2001

A-41360

Coordinación Editorial: Rosa Campos de la Rosa

Primera edición, 1974

Segunda edición, 1984

Tercera edición, 1993

Cuarta edición, 2001

D.R. © 1984, Ruy Pérez Tamayo

El Colegio Nacional

Luis González Obregón núm. 23. Centro Histórico

C. P. 06020, México, D.F.

Teléfonos 57 02 93 84 • 57 89 43 30 Fax 57 02 17 79

ISBN 970-640-166-0

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Correo electrónico: colnal@internet.com.mx

Página: <http://www.colegionacional.org.mx>

ILUSTRACIONES POR EL AUTOR



El viejo alquimista

Ruy Pérez Tamayo

Cuento escrito especialmente para políticos, funcionarios, periodistas, locutores, sociólogos, economistas, industriales, profesores, estudiantes, artistas, filósofos, científicos, humanistas, hombres, mujeres, niños y el público en general.



Hace mucho tiempo, en una ciudad antigua y lejana, vivía un Viejo Alquimista. Era un hombre pequeño, flaco y encorvado, con la barba y el poco pelo que le quedaba blancos, y siempre andaba vestido con la misma bata larga y el gorro puntiagudo que usan todos los sabios. Nadie sabía su edad y ya nadie se la preguntaba, desde una ocasión en que dos jóvenes lo interrogaron sobre este punto y el Viejo Alquimista contestó, sonriendo:

—Que ¿cuántos años tengo?... La verdad, no lo sé exactamente. Apenas ayer, cuando era niño, todavía existían dragones que guardaban celosamente la entrada de las torres donde bellas princesitas esperaban impacientes ser liberadas por jóvenes y apuestos caballeros. Pero yo dediqué todo



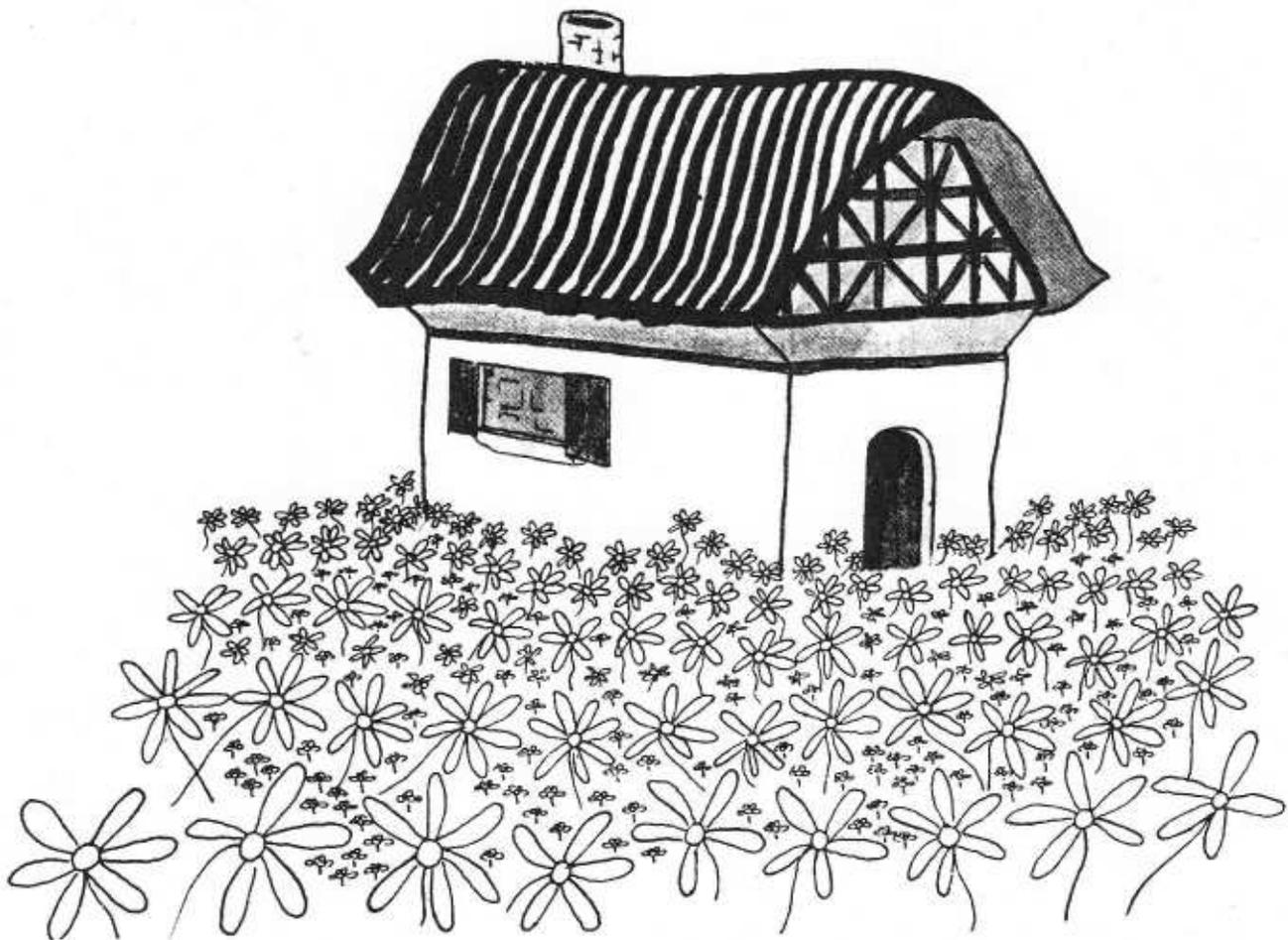
"...era un hombre pequeño, flaco y encorvado..."

mi tiempo a la búsqueda del Pájaro Azul, que vivía detrás del Arco Iris; no lo encontré, quizá porque estaba muy lejos, y en el camino fui perdiendo la Ingenuidad y las Ilusiones, que son indispensables para poder verlo... Muchos años después, cuando tuve la frescura y la fuerza de la juventud, los dragones habían desaparecido junto con las torres y las princesitas, por lo que me hice viajero y me fui a correr por todo el mundo. Dos siglos más tarde quise ser poderoso y acumulé riquezas...

Incrédulos, los jóvenes cambiaron una rápida mirada y se alejaron moviendo la cabeza, entristecidos por la incoherencia

del Viejo Alquimista, pero al mismo tiempo reafirmados en su superioridad, ya que ambos eran perfectamente capaces de recordar su edad con toda precisión.

El Viejo Alquimista llenaba todos sus días y parte de sus noches con tres ocupaciones: trabajaba en su laboratorio, dictaba una cátedra en el Antiguo Colegio Real, y daba largos paseos solitarios en los bosques vecinos a la ciudad. Me hubiera gustado poder decir que nuestro personaje realizaba estas tres actividades con tal exactitud que la gente podía poner sus relojes al verlo pasar, pero por desgracia el Viejo Alquimista no tenía una conciencia clara de los



"...rodeada por un pequeño jardín en donde siempre había flores..."

elevados valores de la disciplina y de la regularidad; además, creo que en aquel tiempo no había relojes.

El Viejo Alquimista vivía en una casita cercana al Antiguo Colegio Real, rodeada por un pequeño jardín donde siempre había flores. En aquél país los inviernos eran muy fríos y cuando nevaba todas las plantas se helaban, pero en el jardín del Viejo Alquimista las flores seguían tan frescas y olorosas como en la primavera. Por eso la gente murmuraba que el sabio tenía poderes extraños, y durante un tiempo corrió el rumor de que era amigo del Gigante Egoísta. Pero como este personaje era de otro cuento, y como, además, el Viejo Alquimista no le hacía daño a nadie y siempre tenía la bolsa y el corazón abiertos para todos, el rumor desapareció sin dejar huella. En las noches, el Viejo Alquimista se sentaba frente a su chimenea prendida y



leía gruesos volúmenes escritos en idiomas extraños, o simplemente miraba con ojos entrecerrados la danza interminable de las llamas. Entonces se sentía un Feliz Viejo Alquimista.

El laboratorio del Viejo Alquimista era un sitio misterioso. Estaba alojado en una antiquísima torre cubierta totalmente por enredaderas, con ventanas muy altas y estrechas, y con una sola puertecita que el sabio siempre dejaba abierta cuando estaba trabajando, quizá con la esperanza de que alguna vez alguien lo visitara. La torre formaba parte del Antiguo Colegio Real, pero su origen era to-

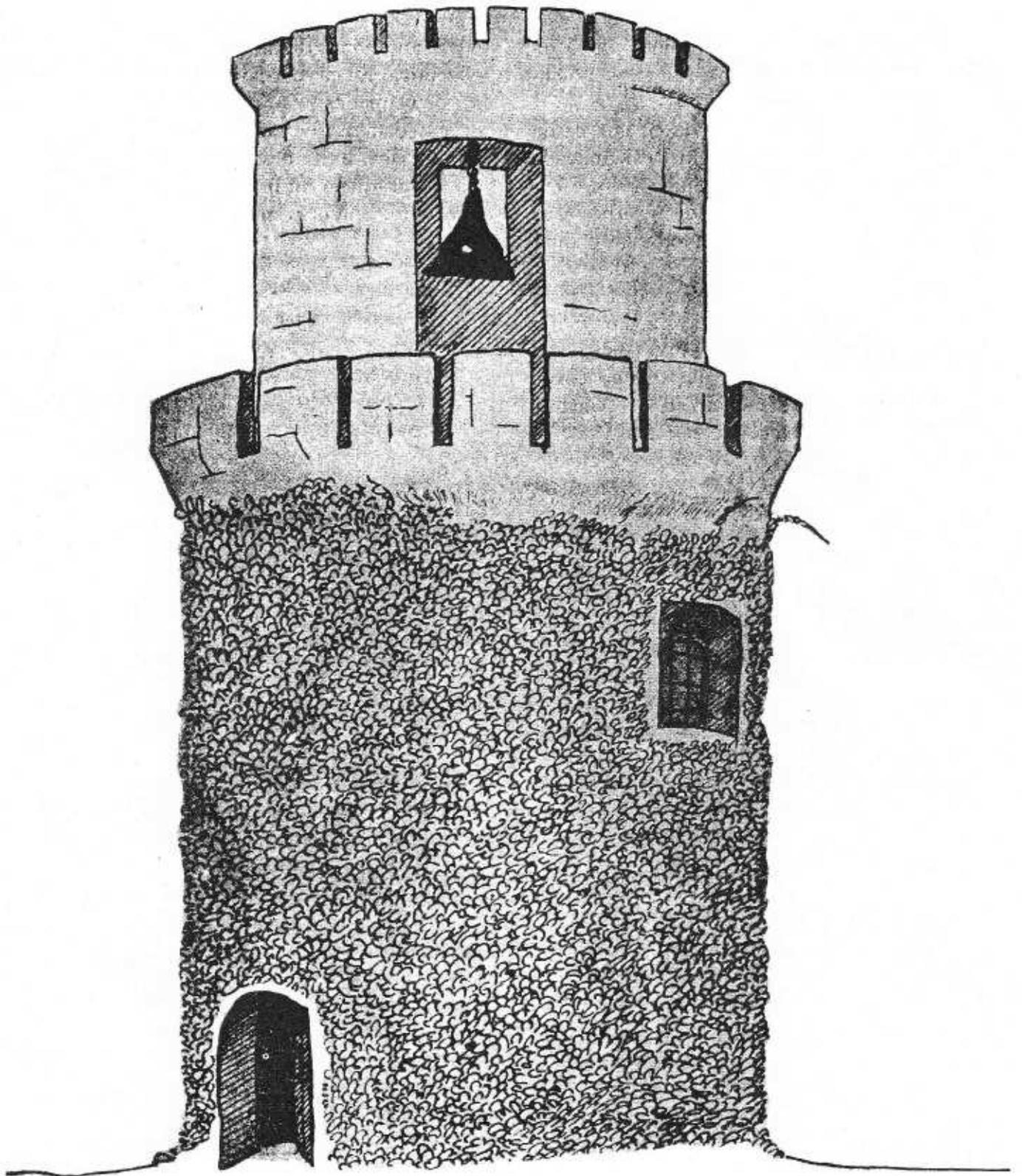
avía anterior al de tan augusta institución educativa. En cierta ocasión, unos estudiantes desocupados separaron la gruesa malla de enredadera que cubría la torre, rasparon el polvo hasta descubrir la pared, y se encontraron con un material blanco, liso y muy duro. Entonces corrieron la voz de que



"...un Feliz Viejo Alquimista..."

la torre estaba hecha de marfil y pronto se conoció al laboratorio del Viejo Alquimista como la Torre de Marfil. Sin embargo, el nombre no fue adoptado oficialmente por las Altas Autoridades del Antiguo Colegio Real, entre otras razones, porque la ciudad era pobre y todo el mundo sabe que los países con pocos recursos nunca hacen inversiones extravagantes, sobre todo cuando hay tantos otros problemas urgentes por resolver.

La poca luz que entraba al interior de la torre dejaba ver alambiques, retortas, fueles, crisoles y otros instrumentos, una calavera humana y varios cráneos de vaca. Había también muchos libros, entre ellos



La Torre de Marfil

el *Speculum Secretorum Alchemiae*, de Roger Bacon, el *Semita Recta*, de Albertus Magnus, y la *Summa Perfectionis*. Una gran chimenea, cuyo fuego nunca se apagaba, y donde una enorme vasija de cobre despedía humos azufrosos, ocupaba una esquina; encima de una pesada mesa se encontraban una esfera ptolomeica y un astrolabio. Colocada en un sitio donde llegaba la luz de una de las ventanas había una silla rodeada de manuscritos y otros libros; ahí se sentaba el Viejo Alquimista a esperar que se completara algún experimento, o a leer y meditar sobre sus resultados y los de otros sabios. Ocasionalmente iba a su gran mesa y, con la ayuda de una vela y una lente de aumento, escribía con finísima letra el resumen de sus investigaciones. El Viejo Alquimista abrigaba la esperanza de que algún día las Altas Autoridades del Antiguo Colegio Real le concedieran la gracia de su permiso y la generosidad de sus arcas para publicar un libro, la *Summa Alchemiae*, que pacientemente había escrito.

Como tantos otros sabios de su época, el Viejo Alquimista también se dedicaba a la búsqueda de la Piedra Filosofal. Según Arnaldo de Villanova: "Existe en la Naturaleza una cierta materia pura que, al descubrirla y perfeccionarla por medio del arte, convierte a sí misma y en proporción a todos los cuerpos imperfectos que toca". Tan maravillosa sustancia era perseguida con paciencia en la mayoría de los laboratorios de aquel tiempo, y de vez en cuando algún sabio anunciaba que sus experimentos habían tenido éxito. Sin embargo, siempre se trataba de noticias prematuras o simplemente fal-

sas, por lo que, con toda justicia, las autoridades de la localidad ordenaban a su verdugo que cortara la cabeza al indiscreto que las había puesto en ridículo.

En las ciudades ricas, los laboratorios de los alquimistas recibían grandes sumas de dinero y contaban con numerosos aprendices y muchos aparatos; además, las autoridades habían comprendido que aumentando el número de sabios dedicados a la búsqueda de la Piedra Filosofal también multiplicaban las probabilidades de encontrarla, por lo que invertían una parte importante de su riqueza en establecer y patrocinar cada vez más laboratorios. Los sabios en esas ciudades poderosas gozaban de gran prestigio en la Corte; se hacían ricos e influyentes; sus palabras eran escuchadas con respeto, y sus consejos seguidos al pie de la letra por las autoridades. Estos sabios viajaban a todas partes, recogiendo personalmente los adelantos alcanzados en otros laboratorios, y disertando con pomposidad sobre sus propias investigaciones. Con frecuencia se sentaban en la Mesa Real, entre princesitas y Oidores vestidos de rojo, y comían tanto que casi todos eran gordos.

El prestigio de los Alquimistas Gordos era muy grande, y siempre había muchos aprendices jóvenes que deseaban trabajar en sus laboratorios, ya que de esa manera no sólo conocían con rapidez cosas maravillosas, sino que también adquirían el aura de sabiduría y superioridad de sus mayores. Pasado el tiempo, los poderosos de otras ciudades invitaban a uno de los aprendices más viejos a establecer su laboratorio y continuar la búsqueda de la Piedra Filosofal, con la esperanza de que el Gran Trabajo se hiciera bajo su patrocinio y dentro de sus murallas. El aprendiz se transformaba entonces en Alquimista Gordo y se incorpo-

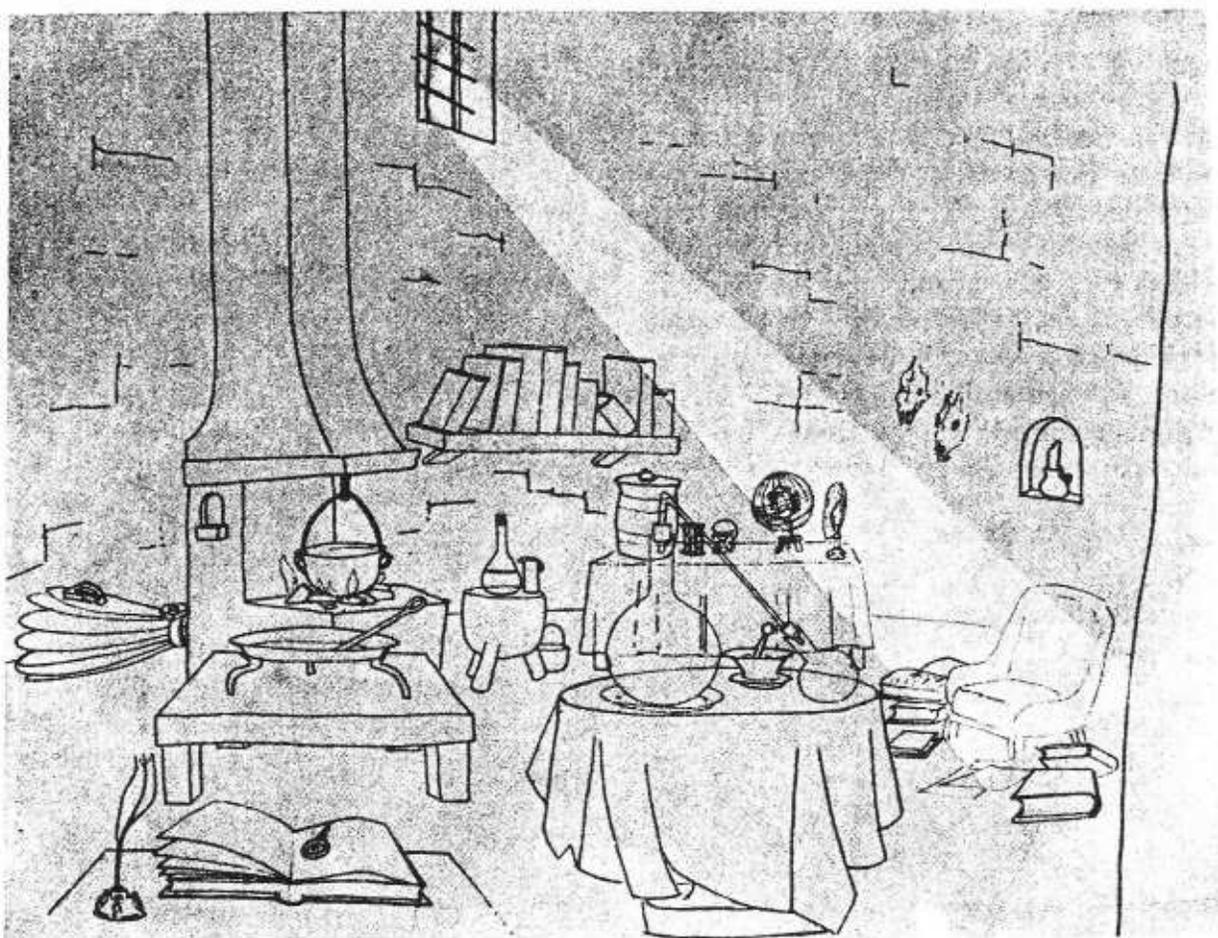
raba a la comunidad que disfrutaba de tantos privilegios y de tantos bienes.

Hacía mucho tiempo que los Reyes de Francia habían establecido un premio para el Alquimista más distinguido de cada año, galardón que se entregaba en una gran fiesta en el Palacio Real. Obtener este premio era la máxima aspiración de casi todos los alquimistas, sobre todo porque, una vez obtenido, el afortunado pasaba a formar parte del selecto grupo de los Infalibles. El premio se conocía como el Premio LeBon y siempre lo ganaba un Alquimista Gordo.

Los procedimientos para obtener la Piedra Filosofal eran de tres tipos: Primitivos, Aproximados y el Gran Trabajo propiamente dicho. Cuando la purificación se iniciaba con oro, era necesario fundirlo con antimonio, "hasta que todo se haga líquido, no hagas ninguna operación"; el oro purificado se disolvía en *aqua regia* y la plata purificada en *aqua fortis*. Las sales obtenidas por cristalización y evaporación se calcinaban y, después de otros pasos secretos que debían realizarse con juicio y prudencia, las sales sóficas sublimadas se encerraban en el Vaso de Hermes o Huevo Filosofal y estaban listas para el Gran Trabajo. Los Doce Procesos del Gran Trabajo eran: Calcinación, Congelación, Fijación, Solución, Digestión, Destilación, Sublimación, Separación, Ceración, Fermentación, Multiplicación y Proyección. En cualquier momento, por el descuido más insignificante o la desviación más mínima de los procedimientos, el experimento fracasaba; de hecho, nunca pudo completarse de manera perfecta, y por eso no se obtuvo la Piedra Filosofal. En la actualidad, cuando todo podría hacerse electrónicamente y por medio de computadoras de gran eficiencia, el interés por la Piedra Filosofal ha decaído, y ya nadie se ocupa de ella...

Para nuestra historia, lo importante es que los Alquimistas Gordos de las ciudades poderosas eran los que dictaban los procedimientos del Gran Trabajo; ninguno de los sabios que trabajaban en ciudades más pobres se hubiera atrevido a introducir modificaciones, a inventar nuevos pasos o a cambiar el orden o los tiempos. Lo menos que le hubiera pasado es que los otros alquimistas se hubieran reído de él y lo habrían despreciado; también había el riesgo de que perdiera su laboratorio y fuera a dar a una mazmorra por el resto de sus días, si los Oidores vestidos de rojo se hubieran enterado de que no seguía al pie de la letra las prescripciones de los Alquimistas Gordos de las ciudades ricas. No es que a los Príncipes y a los Oidores vestidos de rojo les interesara lo que hacían sus sabios; el motivo por el que sostenían sus laboratorios y les permitían trabajar era más bien decorativo. Después de todo, ningún Príncipe, por más pobre que fuera, podía aspirar a ser tomado en cuenta en los Concilios y Alianzas con otras ciudades si no tenía Oidores vestidos de rojo, un caballo blanco, un mago, un enano y un alquimista.

¿Y nuestro Viejo Alquimista? La ciudad donde vivía era pobre y su laboratorio, como ya he descrito, estaba destartado y oscuro; los uniformes de los Oidores vestidos de rojo estaban llenos de remiendos y agujeros; el caballo blanco del Príncipe era un jamelgo triste y rengu; el mago tenía pocos poderes, y su enano era tuerto. Entre los habitantes de la ciudad había mucha pobreza y en invierno el Hambre caminaba por las calles, seguida de cerca por la sombra alargada de la Muerte. Hacía muchísimo tiempo (ya he dicho que no se sabe cuánto), el Viejo Alquimista había sido aprendiz en el laboratorio de un Alquimista Gordo en una ciudad de las más ricas. Al



"...era un sitio misterioso..."

regresar a su ciudad natal, el abuelo del Príncipe (¿o fue el bisabuelo?) le había ordenado continuar la búsqueda de la Piedra Filosofal en su torre y desde entonces estaba ahí. Cuando el Viejo Alquimista viajaba a otra ciudad, casi siempre a visitar un laboratorio y conversar con su alquimista, se echaba un saco al hombro con algo de ropa y comida, tomaba su mismo bastón torcido y se iba caminando por los bosques y caminos, durmiendo bajo los árboles y hablando con las ardillas y los pája-

ros. Casi nunca molestaba al Príncipe con peticiones y, aunque no era muy famoso, los sabios que lo conocían, lo respetaban.

Hacia algún tiempo el Viejo Alquimista había tenido un aprendiz trabajando con él y lo había querido como a un hijo, pero el Príncipe de Ilusionburg, otra ciudad cercana cuyo sabio había muerto repentinamente, se lo había cambiado a su Príncipe por dos hermosas ciervas blancas. Ahora su antiguo aprendiz era un sabio completo, conocido como el Alquimista Joven.

Una mañana de primavera, el Viejo Alquimista se despertó oyendo las desafinadas trompetas que anunciaban una proclama del Príncipe. Se levantó de un salto, se vistió rápidamente, salió corriendo de su casita y no paró hasta llegar a la esquina donde tres soldados seguían tocando aquella fanfarria antimozartiana. Desde su caballo, un Oidor vestido de rojo, estirado y rimbombante, leyó de un pergamino desenrollado las siguientes palabras:

—Yo, Príncipe de esta ciudad por la Gracia de Dios, cuidadoso de su prestigio, atento a su riqueza, defensor de su fé y amoroso con sus ciudadanos. He dispuesto que durante la próxima luna llena se celebren en el Salón de los Caballeros de mi augusto Castillo, con toda la Pompa y Majestad que mi Graciosa Presencia requieren, las Disputaciones Sobre Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia, que habrán de iluminar con su brillantéz una vez más nuestra ciudad, que se honra con mi Serena y Generosa Largueza.

—¡Tenemos hambre! —gritó un chamacito, escondido entre la gente, revelando una vez más la falta de respeto y la escasa gratitud del pueblo, y especialmente de los jóvenes, frente a los gestos de verdadera apertura generosa de las altas autoridades. Un soldado lo buscó con la espada desenvainada, empujando a los vecinos, pero como alguien le quitó el sombrero emplumado de un golpe y la gente empezó a reírse, el soldado regresó con sus compañeros maldiciendo entre dientes.

El Viejo Alquimista volvió a su casa, se

quitó la bata (que con las prisas se había puesto al revés), se hizo una taza de café amargo y se dispuso a salir hacia su laboratorio, mientras pensaba: “Esto significa que vendrán los Alquimistas Gordos... Si no fuera porque el Príncipe quiere que yo defienda las Tesis y afirme las Contrarias, inventaría que debo visitar alguna otra ciu-



“...un Oidor vestido de rojo, estirado y rimbombante...”

dad durante la luna llena. Pero vendrá mi antiguo Maestro, que ha sido distinguido con el Premio LeBon, y debo ofrecerle mis respetos y congratulaciones...” Salió de su casa, respiró el aire suave de la mañana, saludó con una reverencia amorosa a las flores de su pequeño jardín e inició la caminata hacia la Torre de Marfil con una dulce sonrisa, mientras pensaba: “También vendrá el Alquimista Joven...”

Al acercarse la fecha de las Disputaciones sobre Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia, la ciudad se vistió de lujo: desde lejos se vía la muralla adornada con banderitas de colores y los estandartes del Príncipe; llegaban peregrinos de todas partes; el mercado estaba repleto de personas y los comerciantes aprovecharon para subir escandalosamente los precios de sus mercancías. El pueblo se quejó ante los Oidores vestidos de rojo y éstos acudieron a corregir el arbitrario aumento, haciéndolo con tal eficiencia, que sólo los comerciantes que eran socios o parientes de los Oidores vestidos de rojo pudieron mantener la elevación de los precios.

Las calles empedradas resonaban con el paso de los carruajes y el caracolear de los caballos de los visitantes de otras ciudades; grupos de Cruzados escandalizaban en las tabernas; había juglares, saltimbanquis y marionetas en cada esquina; de las casas colgaban los pendones de terciopelo azul y oro con las armas del amado Príncipe. Se proclamaban bandos con frecuencia, anunciando nuevos impuestos en distintas ramas y por diversos conceptos, indispensables para obtener fondos y sufragar las fiestas de las Disputaciones. Los ciudadanos aceptaban resignados cada nuevo recargo fiscal, conscientes de que el Príncipe y los Oidores vestidos de rojo sabían mejor lo que convenía a la ciudad; unos estudiantes perversos, que se atrevieron a decir en público que el dinero para las celebraciones debería descontarse de los enormes sueldos que tenían los soldados mercenarios, fueron encerrados en un calabozo durante un mes.

Conforme la fecha de la luna llena se acercaba, la expectación crecía en la ciudad. Los viajeros ya no encontraban alojamiento y dormían en las calles, amon-

tonados entre sus caballos; a pesar de la prohibición proclamada por los Oidores vestidos de rojo, las mujeres lavaban su ropa y bañaban a sus hijos en las fuentes de agua potable de la ciudad; la música de laúdes, pífanos y tambores se escuchaba toda la noche y no dejaba dormir a los vecinos; éstos salían enojados a protestar, pero pronto se contagiaban de la alegría general y se iban bailando con los músicos. Un día antes de las Disputaciones la gente empezó a ganar lugar en las almenas de la muralla cercana al castillo, en las copas de los árboles o en las caballerizas reales; los más atrevidos se instalaron en las escaleras mismas, deseosos de ver pasar de cerca a los legendarios príncipes de otras ciudades y a sus comitivas.

Y, por fin, llegó el día de la luna llena; ¡el día de la celebración de las Disputaciones!

Las escaleras del castillo estaban llenas de gente, que apenas dejaba espacio para que los Alquimistas Gordos, precedidos por los Oidores vestidos de rojo, acompañados por sus aprendices y seguidos por otros sabios menos importantes (y también menos bien comidos), subieran lentamente, con los ojos entrecerrados y la cara levantada, como corresponde a personas tan distinguidas y de tan elevada posición. Los Príncipes de las ciudades ricas, vestidos y enjoyados cada quien de acuerdo a su opulencia, habían llegado antes y los esperaban en la terraza repleta de cortesanos y doncellas. El Príncipe de Samarkanda había entrado en una carroza arrastrada por dos Unicornios irisados; el Sultán de Ultratierra traía un cortejo de 400 gigantes negros, y la bellísima Reina de Ashamuran

caminaba sobre una alfombra de gimientes orquídeas vivas; también había venido el Emperador de los Trajes Nuevos y Transparentes, luciendo el más nuevo y el más transparente de todos sus trajes. El Viejo Alquimista reconoció a su Príncipe, agobiado por la mal disimulada envidia, junto a sus dos esbeltas ciervas blancas. Se había puesto su hermoso collar de esmeraldas perlas (¡el más bello de toda la comarca!), pero su esplendente belleza palidecía al lado de las joyas increíbles que los otros Príncipes ostentaban con crueldad displacente.

—He visto al Doctor Fausto —dijo en voz baja un caballero de amplia capa a una hermosa cortesana.

—¿Cómo lo habeis reconocido? —preguntó ella, con un mohín curioso.

—Porque os ha mirado como si fueseis Margarita... —contestó el galante caballero, haciendo una caravana, mientras la dama sonreía pensando: “¿Quiénes serán ese Fausto y esa Margarita?”

Cuando los Altos Dignatarios ya ocupaban sus sillones aterciopelados en el Salón de los Caballeros, y los Alquimistas Gordos sonreían levemente, pensando en el tremendo banquete que seguiría a las Disputaciones, corrió el rumor de que una joven del pueblo había reconocido al Judío Errante entre la multitud. También se dijo que Paracelso había estado en el mercado, vendiendo su Elíxir de la Vida junto a su libro *Opus Paramirum*, pero cuando los Oidores vestidos de rojo fueron a buscarlo ya había desaparecido. El ambiente era tenso y de gran expectativa; sentado en una pequeña silla de madera, detrás de los aprendices de los Alquimistas Gordos, el Viejo Alquimista recorría con mirada inquieta a los asistentes, buscando con impaciencia al Alquimista Joven, a quien no había visto.

El pueblo se había concentrado en el castillo, atraído más por la promesa de que al terminar las Disputaciones se quemaría viva a una bruja, que por las largas y tediosas controversias de los sabios, que siempre hablaban de asuntos remotos e incomprensibles. Además, el Príncipe había hecho circular el rumor de que al final del banquete con que iba a festejar a sus distinguidísimos visitantes, los restos de la comida se arrojarían por las escaleras del castillo. Esto sirvió para reunir a una verdadera muchedumbre en la residencia real y, así, impresionar a los Príncipes visitantes con el interés de los vecinos en asuntos tan elevados como las Disputaciones.

El Viejo Alquimista, al igual que muchos de los Alquimistas Gordos, había participado antes en ceremonias similares a la que ahora se iniciaba. Siempre había tenido graves dudas sobre su utilidad, y conocía de memoria los procedimientos: sentados en primer plano estaban los Príncipes, clavos supremos del poder y de la gloria, entrelazados en su interminable lucha por la superioridad de sus respectivas riquezas materiales, sus joyas y sus ejércitos; había después un Magnífico y Excelentísimo SuperPresidente, que como regla era un sabio gordo, hueco e inflado como una piel de batracio putrefacto; también se nombraban varios Magníficos y Excelentísimos VicePresidentes, todos envidiosos aspirantes al lujoso sillón del SuperPresidente, que detrás de obsequiosas sonrisas apenas escondían la daga de su ambición impaciente. Un mundo de Honorables Secretarios corría de un lado para otro, compitiendo por el favor de Oidores vestidos de rojo, cortesanas, caballeros y otros personajes menores. Finalmente, estaban las comparsas de toda esta comedia: los sabios que iban a tomar parte en las Disputaciones.



El Alquimista Gordo Mayor

Por cortesía con los visitantes, habló primero el Alquimista Gordo Mayor. Después de resoplar invocaciones al Altísimo y a Todos los Santos, dijo destilando autoridad por toda su enorme superficie:

—El Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia sirven para descubrir con certeza y sin ninguna duda la gloriosa

mano del Señor en la Naturaleza, su Divino Propósito al crear aire, tierra, mar, animales y plantas para que su Hijo Bienamado pudiera disfrutarlas, y su Terrible Ira cuando sus leyes son transgredidas. Nosotros los sabios trabajamos humildemente —dijo sin la menor humildad—, para mostrar a los hombres lo que Dios, en su Infinita Sabiduría, ha creado para nuestro

beneficio. Cuando hayamos terminado nuestra ardua labor, las Tres Ciencias serán un espléndido catálogo de todos los hechos conocidos y por conocer en el Mundo, porque ese es nuestro propósito y esa es nuestra única meta: describir toda la realidad, catalogar todas las cosas, hacer el resumen de la obra perfecta de Dios.

Para llegar a tan ansiado fin —continuó el Alquimista Gordo Mayor—, las Tres



El Sabio Gordísimo

Ciencias prescriben un Método Infalible y muy Bueno que todos los sabios inteligentes como yo seguimos al pie de la letra: por medio de un gran libro y de todos los aprendices que puedan conseguirse (y que nosotros tenemos, gracias a la generosidad de mi amado Príncipe) —dijo, inclinándose hacia el Príncipe de Samarkanda, que en ese momento concertaba con el Sultán de Ultratierra una Alianza para atacar al Rey de Nkgrtshwpv— anótense en invierno los nombres, tamaños, pesos, olores, sabores, durezas, aristas, orificios, apófisis, inserciones, surcos y espacios de todo lo que en el Mundo existe, cuidando de hacerlo también en otoño, verano y primavera. Nuestro entendimiento debe ser como una hoja limpia de pergamino donde la Naturaleza escriba sus hechos con su ágil pluma de pavo real; el Más Grande y Mejor Sabio —dijo señalándose discretamente a él mismo— es aquel que más fielmente registra y anota todos los hechos, de acuerdo con los Preceptos de Hermes, al mismo tiempo que aborrece la Invención, los Sueños y otras creaciones del entendimiento.

El Alquimista Gordo Mayor hizo una reverencia hacia los Príncipes y volvió a su lugar, confiado en que su discurso lo acercaba mucho al ansiado Premio LeBon.

Ahora tocaba su turno al Sabio Gordísimo, quien como no podía pararse debido a su increíble abdomen, dijo lo siguiente desde su adornado sillón:

—Con todo el debido respeto a mi distinguido colega, el Alquimista Gordo Mayor —ambos se inclinaron suavemente el uno hacia el otro—, cuyas inspiradas palabras hemos escuchado con embeleso considero mi obliga-

ción señalar a nuestros amados Príncipes y al público en general ... ¡que está completamente equivocado!

La gente se rió y aplaudió, disfrutando el ataque y viendo la expresión de sorpresa y furia que deformaba la cara del Alquimista Gordo Mayor. Por su parte, con una sonrisa de inocencia angelical, el Sabio Gordísimo esperó a que terminara el festejo y continuó diciendo:

—El interminable catálogo que propone mi estimadísimo amigo sería inútil. La meta del Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia, no es hacer una lista de todas las cosas del Mundo; Dios ya la ha hecho, al crearlo en su Infinita Bondad y Sabiduría. El único y verdadero propósito de nuestros trabajos es revelar las Leyes de Dios, que El ha escondido detrás de las cosas y de los hechos. Las Reglas Inmutables y Eternas, que se aplican igual a los animales, a las plantas y a los minerales, deben ser nuestra sola preocupación. Confieso que el Método que propongo no es muy diferente, en principio, del sugerido por nuestro gran Alquimista Gordo Mayor: recoger con nuestros sentidos y nuestros aprendices un número amplio de datos, pero no al azar sino dentro de un solo campo. En su Infinita Sabiduría, Dios nos permitirá ver las Leyes que regulan y gobiernan a esa pequeña parte de su Magnífica Obra. Entonces pasamos al siguiente campo, y así sucesivamente. Al final de nuestro Gran Trabajo, en lugar de una biblioteca mayor que la de Babilonia, tendremos en unos cuantos libros todas las Leyes y Reglas necesarias para entender a la Naturaleza, la Obra Perfecta de Dios.

Entre los sabios reunidos en las Disputaciones había uno muy famoso por su habilidad con las palabras; además, como era ciego, todos lo respetaban y lo oían con mucha atención. El Sabio Ciego trabajaba en la Corte del Emperador de los Trajes Nuevos y Transparentes y era, gracias a este sabio, que su monarca había alcanzado tan gran fama de elegancia y originalidad. Entonces habló el Sabio Ciego:

—En verdad os digo, queridos y respetados colegas míos, que los dos teneis algo de razón, pero tan escasa cada uno, que si las sumamos todavía no alcanza para definir al Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia. Como ustedes tienen el maravilloso don de la vista, que yo no poseo, no se han dado cuenta de que el sabio contribuye con sus sentidos a crear la Naturaleza que estudia. En un mundo de ciegos, ¿existirían los colores? Decidme, mi admirado Alquimista Gordo Mayor: ¿tendría tu inmenso catálogo de las cosas de este Mundo una columna para anotar los colores? Y tú, mi sapientísimo colega Sabio Gordísimo, ¿cuáles serían las Leyes Eternas de los colores, si no conocieras de su existencia? No, mis envidiables sabios y amigos, lo que nosotros percibimos de la Naturaleza Perfecta, creada por Dios Todopoderoso, es lo que nos permiten las ventanas de nuestros sentidos: color, olor, sabor, dureza. Los sentidos del sabio también forman parte del Misterio de la Creación y gracias a ellos podemos apreciarla, pero sólo en una parte Infinitesimal. La verdadera Esencia de las cosas se nos escapa por completo. Imaginemos una silla, la Silla de los Filósofos; los que pueden verla perciben su forma y sus colores, si la palpamos sentiremos su dureza, si la olemos percibiremos su olor, y así sucesivamente. Pero éstas



El Sabio Ciego

son las propiedades de la silla, no son la Silla misma; esta última sólo podemos concebirla en nuestra mente. Al reunir los datos que hemos recogido con nuestros sentidos, al integrarlos en nuestra inteligencia, estamos creando nosotros a la Silla. Esto es lo que representan el Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia: la creación de la Naturaleza en nuestro pensamiento.

Como los Príncipes no entendieron las palabras del Sabio Ciego, pensaron que eran profundas y seguramente ciertas. El Alquimista Gordo Mayor miraba atemorizado a su Príncipe de Samarkanda; el Sabio Gordísimo se había dormido en su amplio sillón y roncaba fuertemente. Pero entonces tocaba el turno al sabio de la Corte de la Reina de Ashamuran, un hombre pálido y calvo, de procedencia desconocida, que usaba gruesos anteojos y hablaba el Latín con un fuerte acento, a quien se conocía como el Alquimista Extranjero. Dijo lentamente:

—Mis amados Príncipes y Princesas, mis respetados sabios colegas, señoras y señores: El Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia no son ni un catálogo indiscriminado de las cosas del Mundo, ni una colección de Leyes y Reglas Eternas, ni una creación de nuestros sentidos. Todos ustedes están equivocados, perro yo no —y miró a la Reina de Ashamuran, que le obsequió con una discreta sonrisa triunfal. Con mayor ánimo, el Alquimista Extranjero siguió diciendo—: Ustedes creen que nuestro trabajo puede hacerse en forma contemplativa y que basta con observar, anotar y pensar. Perro se han olvidado de lo más importante, que yo dirré en una sola palabra:

¡experimentar! Pondré un ejemplo, que vi hace poco en una ciudad con una torre inclinada. Siempre que se ha creído que una piedra de diez arrobas de peso cae más aprisa que una piedra que pese nada más una arroba, ¿verdad? Pues un sabio amigo mío buscó las dos piedras de diferente peso, subió a la torre inclinada y las dejó caer al mismo tiempo. Por casualidad, en ese momento pasaban cerca de la torre otros sabios, que enseñaban en sus cátedras que la piedra pesada cae más aprisa que la liviana. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando vieron que las dos piedras llegaron al suelo al mismo tiempo!

Los sabios gordos y sus aprendices se miraron con inquietud, mientras el público contemplaba fascinado al Alquimista Extranjero; los Príncipes empezaron a imaginar esquemas para atraerlo a sus respectivas ciudades y la Reina de Ashamuran continuaba sonriendo con aire de triunfo. Después de una pausa, el Alquimista Extranjero siguió diciendo:

—Para conocer los profundos misterios de la Naturaleza debemos interrogarla; en las Tres Ciencias, las preguntas se llaman experimentos. Un experimento es una manipulación inteligente que obliga a la Naturaleza a revelar un secreto. La Naturaleza es femenina y por eso nos engaña y nos oculta su verdadero ser —aquí la Reina de Ashamuran dejó de sonreír— pero con experimentos nosotros podemos descubrir la verdad que se esconde detrás de las apariencias.



El Alquimista Extranjero

Tocaba su turno al Sabio Negro, que había llegado en la comitiva del Sultán de Ultratierra. El Sabio Negro era un hombre inmenso, del color del carbón, que reía continuamente mostrando sus enormes y blanquísimos dientes; antes que Sabio había sido esclavo, pero cuando el Sultán de Ultratierra supo de sus profundos conocimientos de Magia Negra, Verde y Amarilla, mandó que le cortaran las cadenas y lo nombró su sabio. Por eso siempre estaba de buen humor y le encantaba jugar bromas a todo mundo. Nadie sabía dónde había aprendido el Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia, y los sabios envidiosos de otras ciudades decían que era lugarteniente del Diablo en el Infierno y que el calor de las llamas eternas lo había vuelto del color del carbón. Pero el Sabio Negro se reía de las consejas, cerrando los ojos y revelando su espejeante dentadura. Como en Ultratierras todos eran igualmente negros, nadie creía los rumores y, en cambio, todos admiraban la felicidad y la alegría del Sabio Negro. En esta ocasión, caminó lentamente hasta el centro de la Sala de los Caballeros, hizo una elegante reverencia y dijo:

—Mi eminente colega, el Alquimista Extranjero, nos recuerda la importancia de los “experrimentos” —la imitación del acento despertó la risa de todos, menos del Alquimista Extranjero; pero el Sabio Negro también se rió y continuó diciendo—: Pero yo pregunto, ¿cómo se escoge el experimento que debemos hacer? A continuación, yo mismo me contesto: el experimento debe resolver un problema. Inmediatamente, me pregunto otra vez: ¿dónde se encuentran los problemas? Y con la misma rapidez contesto: en la Naturaleza. Tenemos entonces que el Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia proceden con

el siguiente orden —y contaba con los grandes dedos de su negra mano—: Primero, encontrar el problema; segundo, hacer una Invención sobre la respuesta; tercero, probar la Invención con un “experrimento” —otra vez risas de todos, incluyendo al Sabio Negro—, y si el Método no concuerda con la Invención —y levantaba sus dos brazos al cielo— pues entonces, ¡hacer otra Invención! Ja, ja, ja ja...! —y se reía lleno de felicidad y contento, coreado por los Príncipes, los Oidores vestidos de rojo, los caballeros, las damas y todos los demás asistentes. Los únicos que no se reían eran los Alquimistas Gordos, que con gran seriedad movían la cabeza indicando su desaprobación. También el Viejo Alquimista se reía, tratando de esconderse para que los otros sabios no lo vieran disfrutando del buen humor del Sabio Negro. Al terminar las risas, el Sabio Negro siguió diciendo:

—Lo que propongo es algo semejante a lo que dijo mi admirado amigo el Sabio Ciego, y es que los mismos sabios formamos parte del Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia; digo que formamos parte, porque nosotros hacemos las Invenciones con nuestro entendimiento, aunque no sea tan grande como nuestro estómago... Ja, ja, ja, ja... Y si ahora recordamos lo que dijo el Sabio Extranjero sobre los “experrimentos”... ja, ja, ja, ja... ya tenemos el Método completo. Nuestro Gran Trabajo terminado será una serie de Problemas, Invenciones, Experimentos y Soluciones o nuevas Invenciones, más Experimentos, más Soluciones o mejores Invenciones... Ja, ja, ja, ja!...



El Sabio Negro

Cuando el Sabio Negro volvió a su sillón, sólo faltaba por hablar el Viejo Alquimista, pero como estaba sentado detrás de los otros sabios y de sus aprendices, la gente pensó que las Disputaciones habían terminado y se dispuso a abandonar la Sala de los Caballeros; además, los Alquimistas Gordos ya tenían hambre y lo que seguía era el banquete. Pero el Viejo Alquimista corrió hasta el centro de la Sala de los Caballeros, mostrando con su sonrisa que todavía disfrutaba de la felicidad del Sabio Negro, y aplaudió fuertemente para llamar la atención mientras gritaba:

—¡No se vayan todavía, mis amigos! Aún falta el final. Como yo soy el sabio residente de esta ciudad, me corresponde terminar las Disputaciones. Les prometo ser breve y no retrasar el banquete —Los Príncipes volvieron a sentarse, más que nada por no ofender al Príncipe anfitrión, aunque algunos mostraron cara de impaciencia. Cuando se hizo el silencio, el Viejo Alquimista miró lentamente a su alrededor y dijo:

—Durante muchos años yo pensé igual que mi admirado amigo, el Sabio Negro. Estuve convencido de que el Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia seguían el Método de los Cuatro Pasos Fundamentales, que son, en primer lugar: la identificación de una incógnita en la Obra Perfecta de Dios, por medio de nuestros sentidos; en segundo lugar: la Invención de la respuesta a la incógnita, por medio de una Teoría o Hipótesis que sueña nuestro entendimiento; en tercer lugar: una operación o Experimento, realizado de tal manera que nos permita determinar si nuestra Invención es correcta; si el Experimento se contrapone a nuestra Invención, debemos abandonarla e imaginar otra, por

medio del estudio y la meditación. Según este Método, dos de los Cuatro Pasos, el primero y el tercero, son de la Naturaleza; los otros dos, el segundo y el cuarto, son del Entendimiento. Pero en mi último viaje a una ciudad lejana tuve oportunidad de admirar la obra pictórica de un Maestro Divino en una Capilla de nombre Scrovegni, así llamada en recuerdo del Reginaldo del mismo nombre, que el Dante condenó al Séptimo Círculo de su Infierno por usurero. Este Maestro, Abrogio da Colle (sus amigos le llaman Giotto), ha cubierto por completo las paredes de la capilla con pinturas al fresco que representan El Juicio Final, Escenas de la Vida de Cristo, e Historias de Joaquín y de la Virgen. Los frescos son un milagro de composición y color; el aire es tan ligero que los ángeles flotan en el cielo y el asno de la Huída a Egipto parece salirse de la pared. Con justísima razón se preguntarán ustedes qué relación tiene el Giotto con nuestro tema, y, como he prometido ser breve y no cansarlos, me apresuro a aclarar mi Tesis. Y es que el Giotto no ha reproducido sus divinos cuadros copiando a la Naturaleza; ni siquiera en la Toscana es el aire tan transparente o el cielo tan luminoso. A pesar de merecerlo, creo que el Giotto no ha tenido delante de sus ojos las Santísimas Imágenes que ha pintado; y si no las ha visto, entonces las ha creado dentro de él, antes de plasmarlas para gloria de Nuestro Señor por todos los tiempos venideros. Los frescos del Giotto en la Capilla Scrovegni son una creación artística. En estas Grandes Obras lo que se admira es la proyección del entendimiento y de la imaginación del artista, no la concordancia de los hechos representados en la realidad.

Meditando sobre la inmensa belleza que había disfrutado, empecé a pensar que el



Método de los Artistas y el Método del Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia son muy parecidos. Por favor, no piensen que aspiro a compararme con Giotto, Palesrina o el Dante; sólo hablo del Método, guardando las proporciones que a mí conciernen, aunque en el caso de mis distinguidos colegas sabios —y se inclinó hacia los impacientes y hambrientos Alquimistas Gordos— no dudo que la comparación sería justísima, o hasta honraría a algunos artistas. Pero volviendo a la semejanza de los dos Métodos, consideren por un momento el primero de los Cuatro Pasos Fundamentales que he mencionado: percibir un problema en la Obra Maravillosa de Nuestro Señor, en la Naturaleza, por medio de nuestros sentidos. La realidad está frente a nosotros, inmensa y variadísima, más compleja que los movimientos circulares perfectos de los astros; más rica que los legendarios Astrolabios de Esmeralda Tallada del Sultán Harum-al-Raschid; y sin embargo, nosotros separamos de esa maraña incomprensible de cosas y de hechos unos cuantos que identificamos como un problema. ¿Perciben ustedes la paradoja? Para aislar de la Naturaleza los escasos componentes de una incógnita, necesitamos enfrentarnos a ella con un mecanismo de selección previamente establecido, como cuando en el Mar de la India los pescadores arrojan sus redes tejidas en mallas amplias, de modo que los peces chicos no sean capturados y sólo saquen peces grandes. El primer paso en el Método del Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia es arrojar a la Naturaleza que nos rodea la red de nuestro entendimiento, tejida con los hilos de nuestros sentidos; sin embargo, cada uno de nosotros ha separado la malla de esa red de acuerdo con sus propios sueños. Lo mismo que el artista, el sabio ha

creado dentro de sí mismo su imagen de una parte del Universo: el Giotto pinta la serenidad, que él lleva dentro, en el rostro de Joaquín, y mi amigo el Sabio Negro escoge de la Naturaleza el problema que él mismo ha creado dentro de su admirable cabeza...

Si ustedes han aceptado hasta aquí mis torpes ideas, prosigan conmigo un poco más lejos. De los Cuatro Pasos Fundamentales del Método de las Tres Ciencias, ya tres son producto del Entendimiento: sólo depende de la Naturaleza el Experimento, que realizamos para probar la bondad de nuestra Invención. Sin embargo, una parte de este Experimento es también hija de la inteligencia, porque lo pensamos y lo planeamos hasta que estamos seguros de que va a servir su propósito. Si nuestra Invención dice que una arroba de plumas pesa menos que una arroba de plomo, el experimento no podrá consistir en arrojar las plumas y el plomo al agua para ver cuál flota; el Experimento tendrá que incluir una arroba de plumas, una arroba de plomo y una balanza para pesarlas. Y finalmente, de todo lo que ocurre en la Naturaleza durante nuestro Experimento, sólo recogemos lo que nos sirve. En nuestro ejemplo anterior, no anotamos que la arroba de plumas es un saco grande mientras que la arroba de plomo es una bolsa pequeña de municiones; tampoco nos importa que las plumas huelen a avestruz y las municiones a pólvora; y así sucesivamente. Mi Tesis es que el Experimento no depende nada más de la Naturaleza, sino que la inteligencia también lo conforma, lo filtra y lo interpreta. Por lo tanto, los Cuatro Pasos Fundamentales del Método del Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia son obra del Entendimiento. ¿Qué distingue entonces el artista del sabio? Mi

Tesis es que las únicas diferencias son dos: mientras el artista persigue la expresión de una emoción estética, el sabio intenta conocer la Verdad de las cosas; además, el juicio sobre la creación artística lo hace el corazón de los hombres, mientras el juicio sobre la Verdad será el grado de concordancia de nuestras Invenciones con los resultados de nuestros Experimentos.

Sentado en el centro de la Gran Mesa Real, el Príncipe Anfitrión presidía el banquete que celebraba el feliz término de las Disputaciones. A ambos lados se encontraban los otros Príncipes Visitantes (la Reina de Ashamuran se había indignado cuando el Gran Visir le señaló con toda delicadeza que el balcón de las damas estaba en el segundo piso de la Sala de Banquetes, pero en honor a la costumbre subió y se instaló con su séquito frente al balcón de los niños), y en dos mesas laterales estaban los Oidores vestidos de rojo y el Alquimista Gordo Mayor, el Sabio Gordísimo, el Sabio Ciego, el Alquimista Extranjero y el Sabio Negro. El Viejo Alquimista había pedido permiso a su Príncipe para retirarse temprano pues se sentía muy cansado, lo que el Príncipe le concedió en forma distante, pero muy afectuosa. El banquete proseguía y los platillos seguían llegando en hilera casi interminable, con la satisfacción de los Alquimistas Gordos que, con las amplias mangas de las batas remangadas, comían vorazmente grandes bocados de todo lo que les presentaban. En el centro de la Sala de Banquetes unos saltimbanquis ejecutaban difíciles saltos y suertes que los Príncipes miraban con aire lejano, mientras bebían de copas enjoradas el vino amargo de la cosecha especial del castillo.

Mirando un juglar mover habilidosamente un aro, el Príncipe de Samarkanda pensaba: "¿Qué habrá querido decir el Alquimista Viejo? ¿Serán tan semejantes las Bellas Artes y las Tres Ciencias...?" Pero pronto descartó esta preocupación, al observar que el Emperador de los Trajes Nuevos y Transparentes cuchicheaba con el Sultán de Ultratierra y sospechó de inmediato que algo tramaban contra él. Dos horas más tarde, cuando el banquete llegaba a su fin y los Sabios Gordos se habían dormido sobre la mesa, resoplando como fuelles y acordeones, el Príncipe de Samarkanda estaba satisfecho: en ese tiempo no sólo había disuelto una peligrosa Alianza contra él, que habían concertado el Príncipe Anfitrión y el Sultán de Ultratierra, sino que había establecido una Alianza con el Emperador de los Trajes Nuevos y Transparentes contra la Reina de Ashamuran, y en el mismo tiempo había logrado que el Príncipe Anfitrión le diera permiso al Alquimista Viejo para visitar Samarkanda y quedarse unos días con el Alquimista Gordo Mayor. El Príncipe de Samarkanda pensó en retirarse, porque el día había sido largo y se sentía cansado, pero no lo hizo por temor a que los demás Príncipes aprovecharan su ausencia para disolver sus Alianzas y reagruparse una vez más en su contra. Entonces retó a un juego de ajedrez al Sultán de Ultratierra y se concentró lo más que pudo en los movimientos de las piezas, mientras los trovadores tocaban el laúd y la flauta y cantaban melodiosamente debajo del balcón de las damas.

En ese mismo momento el Viejo Alquimista estaba frente a la chimenea de su casita, sentado en su

cómoda silla y fumando su larga y antigua pipa, repasando los episodios del día y preguntándose una vez más, casi entre sueños, por qué no había llegado el Alquimista Joven. Tan concentrado estaba en sus pensamientos, que no se dió cuenta cuando una sombra alargada pasó dos veces por fuera de sus ventanas, ni tampoco que dos ojos amarillos y brillantes lo estuvieron mirando durante un rato a través de la cerradura de su puerta.

De pronto, el Viejo Alquimista se sobresaltó al darse cuenta de que frente a él estaba parado un personaje, a quien no había oído entrar, pero que lo había sacado de su adormecimiento al cubrir con su cuerpo el fuego de la chimenea. Cuando el sabio se iba a incorporar de su silla, el visitante le puso una mano firme, pero amable, en el hombro, y le dijo con voz seca y metálica:

—¡Por favor, mi querido amigo, no se levante usted! Le ruego me perdone venir a esta hora y sin anunciarme, pero estoy de paso por la ciudad y casi por accidente pude escucharlo a usted en las Disputaciones. Su inmensa sabiduría me produjo desde el primer momento una gran admiración y pregunté en la ciudad cómo podría encontrarlo. Su gran fama le ha hecho conocido de todos y fue fácil dar con su casita. Cuando llegué estaba usted tan ensimismado en pensamientos, seguramente tan importantes y profundos, que esperé un rato para ver si salía usted de ellos sin que le interrumpiera...

—Creo que estaba dormido... —dijo el Alquimista Viejo con sencillez.

—¡Ah!, tal como me lo imaginaba, también posee usted la modestia en grado sumo, como todos los grandes hombres, como... —El desconocido se interrumpió momentáneamente, buscando un nombre,

lo que aprovechó el Alquimista Viejo para decirle:

—Pero, por favor, señor, siéntese usted y permítame que le ofrezca una taza de té. ¿O quizá preferiría algo un poco más fuerte?...

—Muchas gracias, prefiero el té —dijo secamente el desconocido y mirando a su alrededor encontró un banco, lo empujó con su bastón hasta ponerlo enfrente del sabio y se sentó con un rápido y elegante movimiento.

Ahora el Viejo Alquimista podía mirar directamente la cara del desconocido y se dió cuenta de que nunca lo había visto, aunque sus facciones tenían un dejo familiar. La cabeza era grande, con frente ancha y noble, la nariz generosa y algo ganchuda, los labios apenas dos líneas horizontales que dejaban ver los dientes finos, firmes y completos. Pero lo más extraordinario eran los ojos, de color amarillo claro y casi transparentes, con una viveza extrema y al mismo tiempo el aspecto de las cosas muy antiguas. Miraba fijamente al Viejo Alquimista mientras le hablaba, torciendo apenas la boca en una mueca de forzada cortesía; estaba vestido ricamente, pero sin estridencias, y los colores de su traje y capa sugerían medio luto, porque eran grises y negros.

—Permítame que me presente —dijo el desconocido, una vez que el sabio le había pasado una taza de té y se había sentado frente a él, moviendo lentamente el azúcar de la suya—. Soy...

—El Judío Errante —murmuró el Viejo Alquimista.

—¡Magnífico! Veo que voy a pasar una velada encantadora —dijo su interlocutor—. Pero, si usted no tiene inconveniente, preferiría que me llamara por mi nombre de pila, que aunque menos conocido tam-

bién es menos desagradable. Me llamo Ahashuerus.

—Encantado —dijo el Viejo Alquimista—. Y yo soy el Viejo Alquimista, para servir a usted.

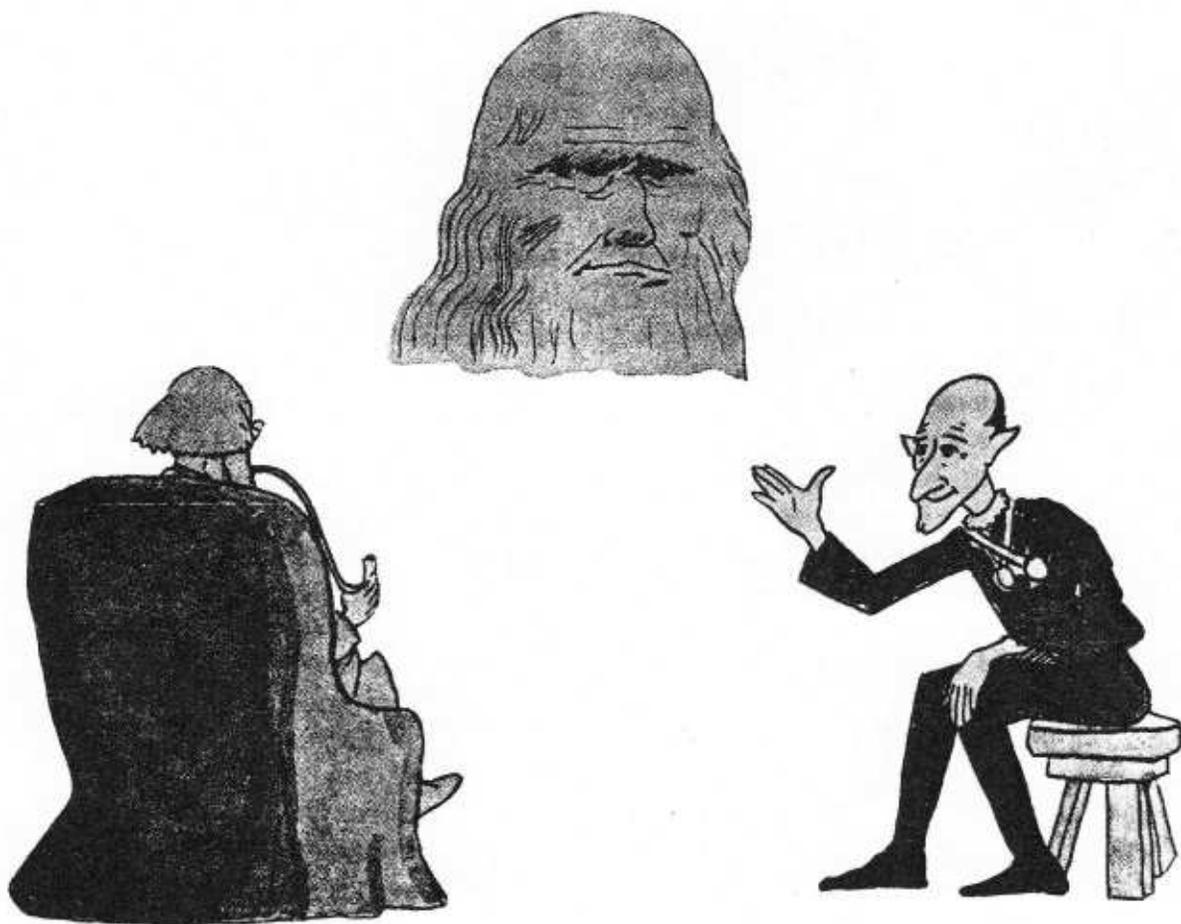
—Bien. Dejemos las formalidades, mi querido amigo —dijo Ahashuerus, con aire determinado—; yo he venido a verle porque después del concierto de rebuznos que nos regalaron los seudosabios que le precedieron en las Disputaciones de esta mañana, sus palabras fueron tan luminosas como un amanecer en los Alpes, tan claras como un diamante pulido de las minas de Oriente, tan refrescantes como un arroyito de agua cristalina. Además, reveló usted ser

un hombre cultivado, despierto a las Bellas Artes como la pintura, la música y la poesía...

—Y además, estar ya un poco viejo... —suspiró el Viejo Alquimista en tono apologetico.

—¡Pero no hablemos de edades, mi querido amigo! —replicó Ahashuerus, con un guiño que quiso ser simpático—. Por razones que no vienen al caso, ese tema me resulta un poco incómodo. Prefiero que conversemos sobre sus sabias Tesis en las Disputaciones de hoy...

—Ya dije todo lo que sé al respecto... —dijo el Viejo Alquimista con voz cansada.



"...ese hombre es uno de los más apasionados e incansables estudiosos de la Naturaleza..."

—Entonces, le ruego me escuche un momento, con paciencia —Ahashuerus se echó hacia adelante en su banco y habló en tono agitado, mirando a su interlocutor—. Acabo de visitar una lejana ciudad donde tuve el gusto de conocer a un hombre que trabaja para el Gran Duque Ludovico Sforza, también llamado el Moro. A usted le gustaría conocerlo porque no sólo es matemático, astrónomo, ingeniero, constructor, inventor y experto en las artes de la guerra, sino que además es uno de los más grandes pintores que existen. Ha superado ya a Andrea del Verrocchio, su famosísimo maestro. Pero si esto fuera todo, no le estaría hablando ahora a usted de él, mi admirado amigo. Si lo menciono es porque ese hombre es uno de los más apasionados e incansables estudiosos de la Naturaleza; trabaja día y noche en el anfiteatro de disecciones, dibujando los detalles más intrincados del cuerpo humano con trazo seguro y elegante; ilusionado con la posibilidad de aprender a volar, observa durante horas la mecánica y los movimientos de los pájaros, y hasta ha construido ya una máquina para volar; preocupado por la hidráulica, ha diseñado diversas bombas para pozos, compuertas para canales y otras maravillas. Además, está proyectando la estatua ecuestre más maravillosa que conocerá el mundo. Sin embargo, a pesar de su increíble versatilidad, hay una sola cosa que este hombre no hace... ¿quiere usted saber qué es?... —Ahashuerus detuvo su largo discurso, seguro de haber despertado la curiosidad del Viejo Alquimista; pero como éste siguió mirándolo con ojos entrecerrados mientras chupaba su pipa, prosiguió—: Este sabio, este genio a que me refiero... ¡no busca la Piedra Filosofal!

El Viejo Alquimista se movió ligeramente en su silla, fumó dos o tres veces más,

se sacó la pipa de la boca como para decir algo, después se inclinó hacia adelante y se quedó viendo el fuego de su chimenea. Ahashuerus volvió a la carga diciendo enfáticamente:

—¡Qué lástima que ese hombre tan inteligente no quiera unir sus esfuerzos a los de tantos otros magos, sabios y alquimistas!... Pero simplemente se rehusa a interesarse en un trabajo tan elevado y de tanta importancia para todos... Cuando le escribió a Ludovico el Moro su carta de presentación, le señaló con detalle todo lo que podía hacer, como construir diversas clases de puentes para usar en batallas o en sitios de ciudades, destruir murallas que resisten a los cañones, fabricar barcos que nunca se hundan, pero jamás le mencionó siquiera que podía realizar el Gran Trabajo y encontrar la Piedra Filosofal...

—Quizá porque no puede... —murmuró el Viejo Alquimista.

—¡Oh quizá porque no quiere! —dijo en triunfo Ahashuerus, satisfecho de haber roto el silencio de su anfitrión. Se paró de un salto y apuntándolo con la mano, siguió diciendo con intensidad—: ¿Y por qué no quiere? Es posible que nunca haya sido educado en el Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia, ya que desde los 12 años de edad ingresó como aprendiz de Verrocchio. Pero un genio como él no requiere instrucción; si tuviera interés, recogería en corto tiempo todos los textos secretos de las Tres Ciencias y aprendería, mejorando de paso, todo lo que hay que aprender... ¡No, él no quiere, no quiere!... —y Ahashuerus seguía apuntando al Viejo Alquimista con su largo y puntiado dedo— ¡Y en cambio usted, mi estimado amigo, usted se ha pasado toda su vida buscando la Piedra Filosofal y no sabe nada de geología aplicada, de hidráulica,

de mecánica, de las artes de la guerra y de tantas otras cosas útiles y prácticas!...

—Vaya, por fin me doy cuenta de a dónde quiere usted llegar, Ahashuerus —dijo el Viejo Alquimista—. Lo que le preocupa es por qué los alquimistas hacemos algo que parece inútil, mientras este genio que tanto le ha impresionado rechaza nuestro trabajo y en cambio practica artes de valor inmediato, cuyos resultados tienen aplicación directa a problemas importantes, que interesan a los Príncipes y que surgen todos los días...

—¡Exactamente! Tiene usted una capacidad admirable para resumir mis torpes palabras con gran claridad y sencillez —dijo Ahashuerus en tono adulatorio, y después de una pausa agregó, ahora con un dejo nostálgico—: Como usted sabe, llevo ya algunos años de rodar por el Mundo, y seguiré mientras El no me perdone... pero ese no es el asunto. Como le digo, en toda mi larga vida he encontrado que los sabios que practican las distintas ciencias caen en uno de dos grupos: los que trabajan en problemas prácticos, de interés para sus Príncipes y que benefician a sus ciudades, y los que se dedican a trabajos tan esotéricos como la Piedra Filosofal, el Misterio de la Vida, o la captura del Pájaro Azul...

El Viejo Alquimista sonrió melancólicamente y siguió fumando su pipa, esperando que Ahashuerus terminara.

—Y hoy en la mañana, después de oírlo defender su Tesis en las Disputaciones con tanta elocuencia y con tanta pasión, me convencí de que es usted, mi sapientísimo amigo, la única persona que puede aclararme mis dudas, que puede revelarme por qué se gasta toda una vida en algo inútil (¡perdón, no quiero ofenderlo!) cuando hay tantas otras cosas importantes y prácticas que pueden hacerse y cuando además se

tiene el tiempo limitado... y pronto todos serán recibidos en la Paz Eterna del Reino de Nuestro Señor... con una sola excepción... —Ahashuerus terminó esta última frase en un hilito de voz, bajó la cabeza y se sentó en su banco, sin mirar al Viejo Alquimista. Este guardó silencio un minuto más y apoyando su mano suavemente en el antebrazo de Ahashuerus, le dijo:

—Yo también he pensado en ese problema, Ahashuerus, y me ha parecido que es complejo; por lo tanto, mi respuesta tendrá que ser igualmente compleja y dudo que le satisfaga. Pero de todos modos voy a dársela, ya que me ha hecho el honor de pedírmela. —El Viejo Alquimista se echó para atrás en su silla y continuó hablando, como si no hubiera nadie más en la habitación—: Cuando nos preguntamos por qué trabaja un hombre en algo, debemos distinguir entre la motivación para el trabajo y el contenido de este trabajo. La motivación puede tener varios disfraces: riqueza, poder, fama, honores, sabiduría, santidad, vida eterna... —Ahashuerus no se movió pero respiró hondo— y tantas otras cosas que componen la ambición humana. Pero detrás de la máscara está siempre la misma cara: la satisfacción de un deseo personal y egoísta. Nuestro deseo es como la Materia Prima e Indivisible de que están hechas todas las cosas: aunque su forma cambie su esencia sigue siendo la misma. En un medio eclesiástico, la motivación aparente del trabajo será la santidad; en un ambiente guerrero, el poder y la gloria; entre comerciantes, la riqueza y los honores. Pero la fuerza que empuja a emprender las Grandes Obras no tiene, en los humanos, más que una proyección interna; en el fondo todos somos egoístas y lo que queremos es satisfacer nuestros deseos. Con esto, Ahashuerus, creo que puedo

adelantarle la primera parte de mi respuesta: ese personaje genial que me ha descrito, que estudia el vuelo de los pájaros, y este Viejo Alquimista que ahora le habla, que busca la Piedra Filosofal, ambos trabajamos por la misma razón. Los dos tenemos el mismo deseo, los dos perseguimos la satisfacción de la misma angustia: los dos queremos saber. Los dos queremos encontrar algo nuevo, los dos esperamos que la Naturaleza nos revele un secreto oculto al resto del Mundo. Y si la sabiduría le parece demasiado pedante como deseo, estoy dispuesto a aceptar, para mi humilde caso, la satisfacción de la simple curiosidad...

Ahashuerus levantó la cara y miró al Viejo Alquimista, que estaba hablando con los ojos cerrados y una expresión de gran tranquilidad; la luz rojiza y cambiante del fuego en la chimenea lo iluminaba en forma caprichosa, dando la impresión de que se movía y al mismo tiempo estaba quieto. La mirada amarilla y transparente de Ahashuerus parecía atravesar al Viejo Alquimista, al sillón, a la pared de la casita y seguir indefinidamente, sin que nada la detuviera. De pronto, el Viejo Alquimista continuó diciendo:

—Pero vamos al contenido de nuestro trabajo. Aquí la palabra clave parece ser "inútil". Usted me ha dicho, Ahashuerus, que la búsqueda de la Piedra Filosofal no tiene resultados prácticos. En esto, creo que se equivoca: el que la encuentre tiene asegurada no sólo riqueza y salud, sino una muy larga vida, ya que con la Piedra viene el Elíxir de la Vida o Gran Elíxir. Comprendo que este aspecto del éxito no le parezca a usted muy atractivo —el Viejo Alquimista hizo una pausa, abrió los ojos para mirar a Ahashuerus, pero lo encontró tan distante, tan envuelto en sí mismo, que volvió a cerrarlos y continuó—; pero este

mismo Elíxir de la Vida sirve para curar todos los males y todas las enfermedades, es la Panacea Universal. Y si fuera poco, la Piedra Filosofal también puede transformar las piedras más comunes y vulgares en preciosas, y además reblandecer toda clase de vidrios y cristales. También sirve para descubrir a cualquier persona, donde quiera que esté escondida, y para entender el lenguaje de todas las criaturas como ardillas y pájaros, etc. Claro, usted está pensando ahora que todo esto estaría muy bien si la Piedra Filosofal existiera, pero como está convencido de que es un mito y que nunca vamos a encontrar nada, nuestro trabajo le parece inútil, ¿no es así?...

—Así es —dijo desde muy lejos Ahashuerus.

—Pero supongamos, por un momento, que la Piedra Filosofal sí existe y que el día de mañana el Sabio Negro (porque yo creo que si alguien va a encontrarla, será él), logra realizar el Gran Trabajo Perfecto y entrega al Sultán de Ultratierra el Supremo Magisterio del Elíxir de la Vida, la Panacea Universal y la Fuente de la Juventud Eterna... —dijo el Viejo Alquimista.

—Sería... como una maldición divina... —susurró Ahashuerus.

—De modo que si la Piedra Filosofal no existe, nuestro trabajo es inútil, pero si es real y un día la encontramos, en lugar de haberle hecho un gran servicio a la Humanidad, lo que le hemos traído es una gran desgracia... —el Viejo Alquimista se levantó de su sillón y atizó los leños de la chimenea, avivando el fuego que se había puesto un poco triste, volvió a sentarse, encendió su pipa y continuó—: Permítame que le sorprenda, Ahashuerus, diciéndole que yo no sé si la Piedra Filosofal realmente existe. Mi postura es distinta a la de

los Alquimistas Gordos, que persiguen a la Piedra Filosofal con la convicción ciega de que es una realidad y posee todas las maravillosas propiedades que le atribuyen; pero mi postura también es diferente de la del extraordinario personaje que tanto le ha impresionado (y que usted acepta), que en principio niega la existencia de la Piedra Filosofal. Yo, simplemente, no sé. Para resolver mi duda puedo hacer una de dos cosas: o adoptar arbitrariamente una posición, o ir todos los días a mi laboratorio a tratar de aprender la verdad. . .

—Sin embargo —dijo Ahashuerus—, usted mismo, mi estimado amigo, dice que no sabe si al final sus arduos trabajos tendrán un resultado positivo. Es muy posible que pudiera estar desperdiciando muchos años, o toda la vida, buscando algo que no existe, mientras que si aplica todo su esfuerzo y sus grandes conocimientos a otra área, quizá menos elevada, pero en sí más práctica, sus probabilidades de éxito están aseguradas. . .

—Con lo que usted ha dicho ahora, Ahashuerus —dijo el Viejo Alquimista—, ha dado en la clave de mi respuesta. Para un Viejo Alquimista como yo, el éxito no consiste en encontrar la Piedra Filosofal, sino en hallar la Verdad: lo que yo quiero saber es si la Piedra existe o no existe. De manera que si no la encuentro, y además estoy razonablemente seguro de haber hecho todos los esfuerzos de que soy capaz (por eso trabajo desde la mañana hasta la noche), también he tenido éxito, porque he alcanzado lo que buscaba, que era el Conocimiento —y el Viejo Alquimista volvió a echarse para atrás en su silla, cerró los ojos y continuó con voz cansada—: Como hombre de mundo, Ahashuerus, usted comete el mismo trágico error de confundir lo práctico con lo útil. Sin embargo, un

momento de reflexión debería convencerle de que mientras todo lo práctico es útil, lo contrario no es necesariamente cierto. No todo lo útil es práctico, en el sentido de que contribuya a corto plazo a resolver algún problema específico o a hacer nuestra vida material más cómoda. La utilidad del conocimiento obtenido por las Tres Ciencias debe medirse en otras unidades, menos relacionadas con nuestras necesidades momentáneas, generalmente incidentales a la época histórica en que estamos viviendo. La razón de esto es que, además de enfrentarse a problemas inmediatos, el hombre también necesita atender otras demandas derivadas de su propia estructura, que lo presionan con igual o mayor urgencia que las exteriores. Me refiero a su curiosidad, a su hambre de conocimiento, a su incapacidad de vivir en la incertidumbre. Frente a los misterios de la Naturaleza, nosotros hemos inventado una serie de explicaciones, en parte por ignorancia y en parte porque nuestro entendimiento no tolera una pregunta sin respuesta. Pero a través de los años también hemos diseñado un Método para asomarnos poco a poco a nuestras explicaciones e ir las sustituyendo por otras que tengan mayores probabilidades de corresponder a la realidad. El camino es largo y está lleno de dificultades y decepciones. Aristóteles dijo: “La búsqueda de la Verdad es de cierta manera difícil y de otra manera fácil. Porque es evidente que nadie puede dominarla por completo o ignorarla en su totalidad. Pero cada quien agrega un poco a nuestro conocimiento de la Naturaleza y de todos los hechos reunidos surge cierta grandeza. . .” Esta es la utilidad más elevada y más genuinamente humana de las Tres Ciencias. Pero su admirado amigo, que construye máquinas de guerra y compuertas para canales de irrigación, nos

revela con su trabajo otro aspecto de la utilidad del Método, ya que sin él los principios generales en que se basan sus obras no se hubieran establecido y no podrían llevarse a cabo. Sin matemáticas o geometría sus enormes ballestas nunca darían en el blanco, sus catapultas se desintegrarían contra los muros de las ciudades sitiadas y, aunque observara el vuelo de los pájaros por cien años, jamás lo comprendería. No, Ahashuerus, no podemos clasificar al conocimiento obtenido por el Método de las Tres Ciencias en útil e inútil, usando para ello los intereses mezquinos y transitorios del momento en que vivimos. . . —Mi profesión es explorar lo desconocido, examinar los misterios de la Naturaleza para comprenderla; la búsqueda de la Piedra Filosofal es una actividad noble, porque representa la aspiración del Hombre, imperfecto como es, de alcanzar la Perfección Absoluta. En cambio, el oficio de su ilustre admirado es otro: él quiere construir un dique, hacer una máquina que vuele, describir nuestra anatomía hasta el último detalle. Yo quiero saber la Verdad; él quiere resolver problemas. . . Los dos tenemos sitio en este Mundo, los dos cumplimos funciones importantes para el Hombre, quien, además de necesitar pan y justicia, también tiene sueños de amor y felicidad, ambiciones de poder y riqueza, y deseos de satisfacer su curiosidad y su sed de conocimientos; y a veces, aunque sólo sea muy de vez en cuando, también tiene la inclinación y la capacidad divinas para disfrutar la profunda belleza filosófica del Dante, o la plasticidad transparente del Giotto. . .

Cuando el Viejo Alquimista abrió los ojos, se encontró solo en su cuarto. Se quedó un largo rato sentado frente al fuego de su chimenea, tratando de decidir si Ahashuerus realmente había estado ahí, en su

cuarto, o si sólo había sido un sueño. Pero después pensó que era lo mismo, "porque, después de todo, El Judío Errante no es más que el personaje de una leyenda. . ."

Notas de una Cátedra dictada por el Viejo Alquimista a sus alumnos en el Aula Magna del Antiguo Colegio Real; algunas hojas del principio desaparecieron, seguramente comidas por los innumerables ratones que había en la Torre de Marfil, que gustaban mucho del pergamino.

. . . por destilación en el agua, que destilando por las cenizas. Sabemos que esto es así porque si destilamos Aceite de colores en cenizas logramos separarlo puro y en sus partes elementales: el Aceite Rojo, como la sangre del Toro Celeste; el Aceite Blanco, más cristalino y sereno que el agua; y el Aceite Verde, que conviene a todas las plantas y sus semejantes.

Hasta aquí la cátedra sobre destilación, tomada del Summa Perfectionis, que ustedes deben repasar tres veces, cuando la luna suba en el cielo. Quiero terminar mi lección de hoy hablando sobre otro tema, que considero de interés para todos, pero especialmente para aquellos de ustedes que tarde o temprano serán Cardenales, Grandes Capitanes, Oidores vestidos de rojo, o Príncipes, y, por lo tanto, tendrán el poder de las decisiones en sus manos. Me refiero a los usos de la Alquimia en los asuntos de los hombres y las ciudades. He sabido que algunos estudiantes de este Antiguo Colegio Real han formado una Liga Contra el Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia, alegando que están inspiradas por el Maligno; que los Alquimistas somos aliados de Satanás porque nuestros trabajos son

utilizados para envenenar a los que estorban, para enloquecer a los campesinos y robarles su tierra y sus animales, y que si no hubiera Alquimia los hombres serían buenos porque no tendrían los medios para ser malos. La misma Liga Contra las Tres Ciencias proclama que los ingenieros construyen máquinas de guerra, los matemáticos calculan la velocidad y dirección de las balas para matar más gente, y los arquitectos diseñan castillos con cámaras de tortura. La Liga Contra las Tres Ciencias pide que desaparezcan todas las Ciencias, que son inventos del Demonio para perder al Hombre en la Tierra y cerrarle las puertas del Cielo.

Yo quiero decirles que, en el ardor de su Santa Fé y deseosa de realizar Buenas Obras, la Liga Contra las Tres Ciencias confunde la sombra con el carro. El Maligno no está en las Ciencias sino en el corazón de los hombres. Caín no utilizó un veneno preparado por un Alquimista para matar a Abel, aunque siguiendo el razonamiento de la Liga Contra las Tres Ciencias, Satanás creó al burro con una quijada del tamaño y peso convenientes para que sirviera a tan abominable crimen. Y si pensamos de esa manera, ¿qué podemos decir al recordar al Buen Asno que llevó a la Dulcísima Virgen en su Huida a Egipto? Es cierto que algunos malos Alquimistas (yo más bien los llamaría Magos), aprovechan partes del Método para preparar venenos, pero los mismos procedimientos sirven para hacer los bálsamos que alivian nuestros

cuerpos enfermos. Ciertos arquitectos construyen cámaras de tortura, pero otros levantan catedrales majestuosas, que recuerdan la Infinita Bondad del Señor. Las Ciencias son el medio, descubren la Verdad e inventan los procedimientos, pero son incapaces de decidir los usos a que se aplican. Tal decisión depende exclusivamente de los hombres, que si han pactado con el Demonio usarán la Verdad y los procedimientos para hacer daño, para matar y robar, persiguiendo solamente sus infernales ambiciones. Así como hay hombres buenos y malos, Príncipes Buenos y Malos, estudiantes buenos y malos, también hay Alquimistas buenos y malos; pero su afición por el maligno no depende de su condición de Alquimistas sino de su calidad humana.

Los invito, señores estudiantes, a que formemos una Liga, pero no Contra el Arte Alquímico, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia, sino contra los Hombres Malos; si nuestra Liga cuenta con la bendición del Altísimo y tenemos suerte y fuerza, veremos alejarse de nosotros a Satanás y sus tentaciones, y podremos aprovechar todo lo útil y constructivo que se deriva de las Tres Ciencias. Pero si caemos en el error de ir contra las Obras de Dios y olvidamos que el Demonio no se esconde en ellas sino en el corazón de los hombres, estaremos haciendo un grave perjuicio e impidiendo que la Sabiduría Infinita del Señor prevalezca sobre la Tierra.

En el nombre de Dios, He dicho.

Preocupado por no haber visto al Alquimista Joven Durante las Disputaciones, el Viejo Alquimista solicitó permiso por escrito a su Príncipe para ir a visitarlo; cuando el mensajero real le entregó la respuesta afirmativa y el pergamino sellado con el salvoconducto para viajar, tomó su bastón torcido, echó unas provisiones en su saco y se fue hasta la Gran Puerta de la ciudad. Ahí los guardias le dijeron que había paz en las montañas (las bandas de forajidos y ladrones habían ganado ya tanto dinero que ahora eran ciudadanos respetables) y que podía viajar sin peligros. El Viejo Alquimista les dió las gracias, esperó a que bajaran el gran puente levadizo, lo cruzó con alegría y, después de despedirse desde lejos de los guardias, agitando su puntiagudo gorro, se alejó por el camino que cruzaba el valle en dirección a las montañas.

Era un día espléndido, con el sol brillando muy alto en el cielo, el campo cubierto de flores y los árboles moviéndose suavemente, empujados por un vientecillo juguetón y perfumado que corría por todo el valle. El Viejo Alquimista se sentía feliz y empezó a silbar alegremente, pero sin darse cuenta pasó de sus simples melodías medievales al lenguaje misterioso de los pájaros (que él conocía) que pronto acudieron y empezaron a volar alrededor de él. Asustado, el Viejo Alquimista intentó alejarlos, porque no quería que desde las murallas de la ciudad se dieran cuenta que conversaba con los pájaros, pero éstos le dijeron:

—No te asustes, nadie nos está viendo. Desde aquí arriba podemos ver que los guardias están distraídos y no miran hacia el campo...

El Viejo Alquimista se sintió más tranquilo y siguió su camino, hablando (silban-

do) con sus amigos los pájaros de cosas extraordinarias y escuchando lo que ellos le contaban; todo lo que se veía desde lejos era un hombrecillo a la mitad de un camino largo en un valle lleno de flores, rodeado por una nube de pájaros alegres y ruidosos...

En la tarde llegó a la montaña y empezó a subir entre los árboles, buscando a sus amigas las ardillas que pronto aparecieron y lo acompañaron, ágiles y saltarinas, por todo el camino y hasta el otro lado del río, donde encontró un claro y se sentó a descansar, a comer un trozo de pan y una rebanada de queso, y a fumar una pipa. Las ardillas lo rodearon, atentas y silenciosas, escuchando una vez más la historia de la Ardilla Valiente, que el Viejo Alquimista siempre les contaba. Tan interesados estaban el sabio y sus pequeñas amigas en las aventuras de la Ardilla Valiente que no se dieron cuenta cuando se acercó al grupo Ricardo el Trovador. Este era un joven alegre que llevaba su laúd colgado al hombro y que siempre iba vestido de colores y con un sombrero adornado con bellas plumas de pavo real; se ganaba la vida caminando de ciudad en ciudad y cantando en fiestas y tabernas. No deseando interrumpir el cuento del Viejo Alquimista ni asustar a las ardillas, Ricardo el Trovador se sentó silenciosamente detrás de un gran árbol cercano a esperar que terminara el relato. Cuando, después de grandes peligros, la Ardilla Valiente por fin regresaba a su árbol favorito y era recibida y premiada por el Gran Rey Ardilla, Ricardo el Trovador, desde su escondite, acompañó las últimas palabras del Viejo Alquimista con unos suaves acordes de su laúd.

—¡Pero si aquí está nuestro buen amigo Ricardo el Trovador! —dijo sorprendido el Viejo Alquimista a sus amigas, al escu-

char las notas que parecían surgir del bosque.

—¡Hola, Viejo Alquimista! ¡Hola, queridas ardillas! —saludó el joven Trovador, apareciendo de atrás del árbol donde esperaba y quitándose el sombrero con un gesto alegre.

—No se asusten ustedes —dijo el Viejo Alquimista a las ardillas, que habían desparecido rápidamente al escuchar la música y la voz del joven—, no se trata de un cazador. Ricardo es un hombre bueno e incapaz de hacerles daño... —Y después, dirigiéndose al Trovador, le dijo—: Ven, siéntate aquí conmigo un rato y cuéntame qué has hecho desde la última vez que nos vimos.

—Vengo de muy lejos, Viejo Alquimista —dijo Ricardo el Trovador, sentándose a su lado—. Estuve en la Ciudad de las Montañas Nevadas y en el País de Nkgrtshwp. He cantado mis canciones más bellas en sus fiestas y he tocado mi laúd en las ventanas de sus casas, pero aunque mi música es alegre y yo deseo divertirlos, los hombres no muestran interés en escucharme. Están siempre tan ocupados que no les queda tiempo para ser felices... Sólo he logrado atraer a los niños, que me rodean y me siguen por las calles... Tú que sabes tanto, Viejo Alquimista, explícame una cosa: ¿por qué los hombres dejan de ser niños?...

—No todos, mi buen Trovador, no todos —dijo sonriendo el sabio—. Tú mismo eres un claro ejemplo de que algunos hombres saben conservar íntegros la ingenuidad y la pureza de la infancia...

—Pero la mayoría de los hombres la han olvidado. Si comparas la sonrisa de un niño con la de un Príncipe te darás cuenta de lo terrible de la transformación: lo que en el niño es inocencia, frescura y alegría com-

pletas, en el Príncipe es una mueca que apenas esconde tortuosidad, ambición y la inmensa tragedia de su inescapable pequeñez. Y lo mismo es cierto para los menos encumbrados, que van por la vida determinados a hacer lo que sea para alcanzar la riqueza material, que los aleja fatalmente y para siempre del niño pequeñito que todos fueron y ya nunca volverán a ser... —dijo con tristeza Ricardo el Trovador. Después de una pausa, agregó con seriedad—: Viejo Alquimista, yo tengo pocas cosas en el mundo. Y las pocas cosas que tengo, las necesito poco. Pero al mismo tiempo soy inmensamente rico, porque poseo un gran amor por la belleza y porque la conciencia de mi tamaño infinitesimal y de lo efímero de mi existencia no me preocupan. Cuando me pregunto: ¿qué hago yo en este mundo?, mi respuesta es inmediata y alegre: ¡cantar! Cuando busco de qué depende mi seguridad, encuentro que se basa en no alejarme de mí mismo, de Ricardo el Trovador cuando era niño...

—Sin embargo, mi buen amigo —dijo el Viejo Alquimista—, cuando eras niño no tenías que preocuparte por no dejar de serlo, sino que simplemente vivías de acuerdo con tu edad en el mundo encantado que te pertenecía. En cambio, ahora que has crecido, debes hacer un gran esfuerzo para conservar las virtudes y las alegrías de tu infancia. Como has mantenido la pureza de tus sueños y el idealismo de tus valores, el esfuerzo que realmente haces es mínimo; en general, cuando el niño crece, abandona juntas su inocencia y sus sencillas ambiciones, y adopta otras que lo enfrentan a los demás hombres como enemigos. De un jardín florido de juegos ingenuos, el mundo se transforma en un sombrío e implacable campo de batalla. La realidad cotidiana cambia...

—Pero la belleza, el amor y la poesía también existen en el mundo de los adultos... —protestó el Trovador.

—Naturalmente —dijo el Viejo Alquimista—, pero ya no predominan, ya no ocupan toda nuestra atención ni llenan nuestro universo, como lo hacían cuando fuimos niños. En su lugar, emergen poco a poco otras metas, más complejas, productos de la sociedad en que vivimos, muchas de las cuales son como espejismos que deslumbran a los hombres con sus falsas promesas y los hacen egoístas y ambiciosos. Sólo los artistas como tú, mi buen Trovador, resisten esas ilusiones vanas y continúan viviendo en el mundo feliz de las cosas realmente importantes...

—¿Y tú, Viejo Alquimista? —preguntó Ricardo el Trovador con una sonrisa— ¿Cómo es posible que estando tan cerca del Príncipe y habiendo pasado tantos años en la misma ciudad no hayas sido cautivado por su ambición? ¿Cómo has podido conservar tu espíritu tranquilo y limpio y tu capacidad para hablar con las ardillas?...

El Viejo Alquimista se quedó callado un rato, se rascó la cabeza y dijo suavemente:

—¿Yo?... Cuando era joven como tú eres ahora, y empezaba a trabajar de aprendiz en el laboratorio de mi Maestro, el Gran Alquimista de la Ciudad de las Campanas Encantadas, tuve la oportunidad de ver de cerca el juego de la política del poder. Mi Maestro me favorecía con su amistad y con frecuencia me llevaba al Palacio del Emperador, quien lo consultaba para toda clase de asuntos. Con la irresponsabilidad y el arrojo de mi juventud, en varias ocasiones me permití expresar mis puntos de vista sin que nadie los hubiera solicitado, pero lo hice con tan buena suerte que casi siempre los acontecimientos se encargaron de darme la razón. Cuando se ini-

ció la Guerra de las Praderas, en que derrotamos a los Rubios Bárbaros...

—¡Pero de eso hace muchísimos años! —exclamó Ricardo el Trovador, sin poder reprimir su sorpresa.

El Viejo Alquimista prosiguió, ignorando la interrupción: —...el Emperador me llamó para que lo ayudara en la campaña. Al principio yo sólo era un Pequeño Consejero Adjunto, pero desempeñé mi papel con tal celo y con tanta fortuna que a las pocas semanas ya gozaba de la confianza plena del Gran Capitán General. Quiso el destino que en la Batalla de los Dragones, que como tú recuerdas decidió a nuestro favor la Guerra de las Praderas, la estrategia seguida por el ejército de nuestro Emperador fuera producto de un diseño mío. Cuando regresamos victoriosos a nuestra Ciudad, el Emperador nos recibió con grandes honores y durante varios días conocí la embriaguez intoxicante del triunfo cortesano. Pero todavía no terminaba de sonar la música de los festejos que celebraban la destrucción de los Rubios Bárbaros, cuando el Emperador me llamó ante su augusto trono y me propuso que dejara mis trabajos en la Alta Alquimia, la Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia, y aceptara quedarme en su Palacio como Consejero, con la promesa de que pasado un tiempo (yo era todavía muy joven) me haría su Gran Visir...

—Y ¿qué pasó entonces? —preguntó interesado el Trovador.

—Naturalmente, acepté encantado. Siguiéron unos breves meses en que disfruté del poder y adquirí gran influencia en la Corte. La ambición creció dentro de mí como un cáncer, y me olvidé del laboratorio, de mis libros y de mi astrolabio. Creí que podía cambiar al mundo y a todos los hombres y hasta llegué a pensar con des-

precio en mis antiguos compañeros aprendices de Alquimistas. Pero un día...

El Viejo Alquimista se detuvo y miró a su alrededor. Hacía un rato que las ardillas habían salido de su escondite y otra vez estaban sentadas en círculo frente a él, escuchándolo con atención; Ricardo lo miraba en silencio y respetuosamente. Empezaba a ocultarse el sol y la tarde se había puesto color de oro. Dirigiéndose a Ricardo, el sabio continuó su historia:

—...un día me encontré con un trovador como tú. Iba por la calle, tocando suavemente su laúd y sonriendo cuando los niños lo rodeaban, extasiados ante su habilidad musical. Yo lo miraba desde mi carruaje, sin que él pudiera verme. Me encantó su frescura, su alegría sencilla y contagiosa, su libertad ilimitada. En ese momento sentí que mi carruaje era una cárcel, que en vez de hombre poderoso yo era un triste prisionero de mis ambiciones, un esclavo encadenado por mi propia ansia de poder. Recordé la parábola del cuarto oscuro donde un pobre ciego buscaba en la noche y a tientas un gato negro... que no existe. Donde yo veía conspiraciones y odios, el trovador encontraba espontaneidad y amor; mientras mi preocupación era manejar a los hombres, la suya era divertirlos. Me hundí en la profundidad más recóndita de mí mismo y me pregunté: "¿Es esto lo que realmente quieres?" Cuando urdía toda clase de explicaciones para acallar mi conciencia, el trovador vió mi carruaje y se dirigió hacia mí, sonriendo como un sol esplendoroso. Todos mis argumentos se desmoronaron cuando cantó suavemente un madrigal iluminado, y al terminar hizo una generosa reverencia y se alejó por la calle, regalando a manos llenas toda aquella felicidad pura y sencilla... Ese mismo día abandoné el Palacio y re-

gresé a mi laboratorio, convencido de que mi sitio era ese y mi función en la vida era ser un alquimista... Yo no podía ofrecerles a los hombres alegría y belleza, pero tenía la posibilidad de entregarles algo tan valioso y tan importante, como es el conocimiento...

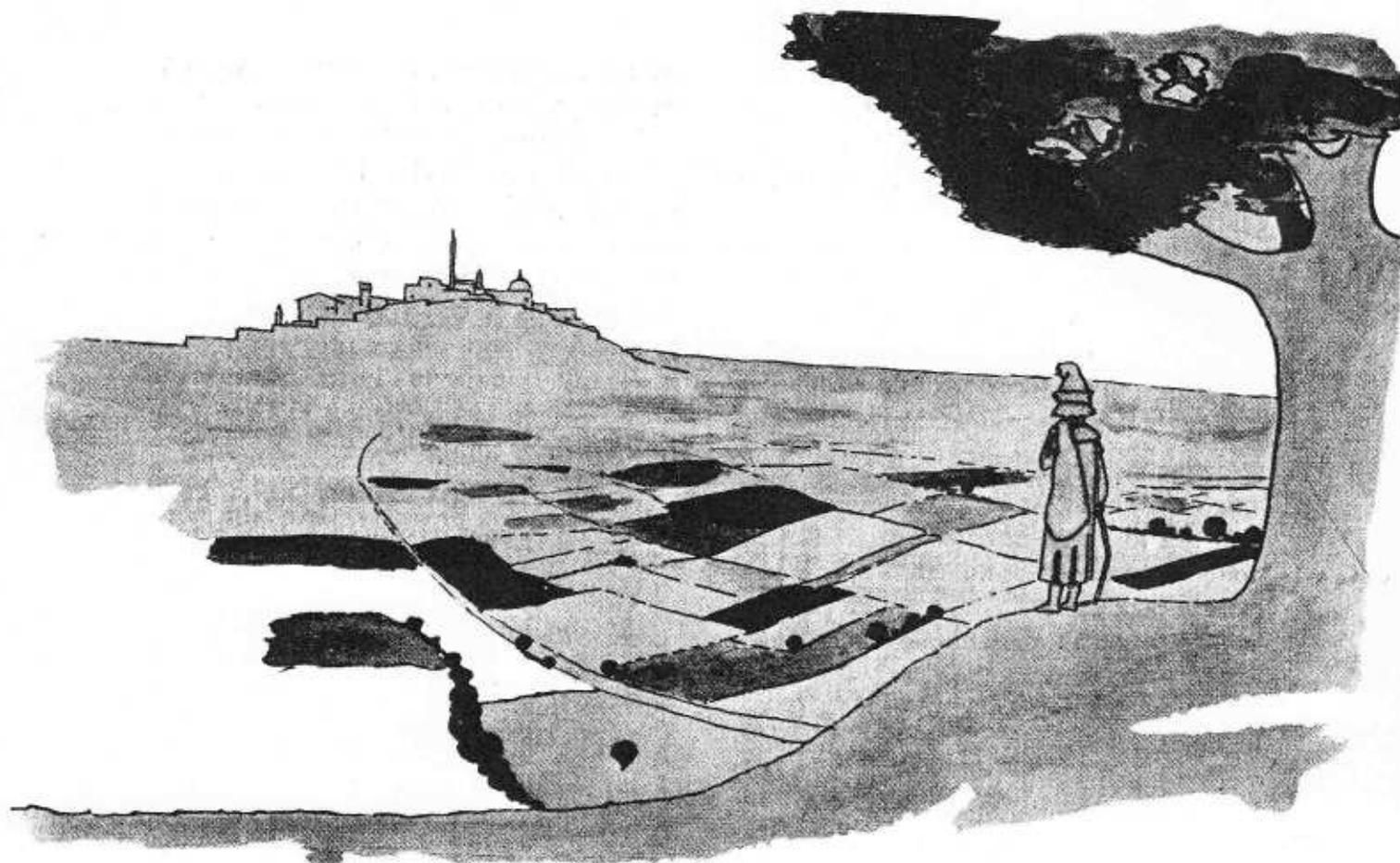
El Viejo Alquimista dejó de hablar. Con mayor discreción que nunca, la novecita había llegado al bosque y cubría amorosamente al pequeño grupo formado por un viejo nostálgico, su joven amigo y unas ardillas curiosas, pero inmóviles. Al cabo de un rato, el Viejo Alquimista se puso de pie y dijo:

—Voy a recoger unas ramitas para hacer una fogata y pasar aquí la noche, Ricardo. ¿Me esperas?...

El Trovador asintió sin decir nada, y cuando el sabio se alejó, levantando ramas secas del suelo y seguido por su cortejo de ardillas, tomó su laúd y empezó a cantar suavemente...

La mañana siguiente el Viejo Alquimista se levantó temprano; se despidió de Ricardo el Trovador, que iba en otra dirección, y siguió su alegre caminata. Antes de que el sol llegara a lo más alto del cielo, alcanzó a ver a lo lejos las murallas de Ilusionburg, la ciudad donde vivía el Alquimista Joven, y un par de horas después el visitante llamaba a la puerta de la vieja casona donde su antiguo aprendiz había instalado su laboratorio.

Bienvenido, mi Maestro! —dijo el Alquimista Joven, quitándose su gorro puntiagudo y haciendo una respetuosa caravana, mientras abría la puerta para que entrara el Viejo Alquimista.



“...alcanzó a ver a lo lejos las murallas de Ilusionburg...”

—Vine a visitarte porque me preocupó no verte en las Disputaciones —dijo el Viejo Alquimista, después de haber saludado afectuosamente a su joven colega y cuando ya se encontraban sentados juntos en la mesa, refrescándose con vinillo blanco helado. Mientras hablaban, el Viejo Alquimista miraba con ojos cariñosos al Alquimista Joven y con frecuencia le tocaba el brazo o la cabeza, como para convenirse de que estaba ahí. El Alquimista Joven era un muchacho esbelto y de elevada estatura, con la barba y el pelo negros y rizados, grandes ojos dulces y profundos, y expresión seria. También vestía la misma bata larga y el gorro puntiagudo de los

alquimistas, aunque no tan viejos y raidos como los de su visitante.

No hacía mucho tiempo que el Alquimista Joven había dejado de trabajar con su Maestro, para venir a Ilusionburg a encargarse del laboratorio. Su fama como sabio ya había empezado a extenderse por otras ciudades. Además, el Príncipe de Ilusionburg, aunque pobre, era emprendedor y ambicioso, y deseaba con todo su corazón que el Gran Trabajo se realizara en su ciudad para alcanzar riqueza, poder y gloria. Esto favorecía al Alquimista Joven, porque su Príncipe lo ayudaba en lo que podía y lo llenaba de atenciones en su Corte; pero también lo mantenía casi pri-



DONACION
A DGB - BUAP

DONANTE

sionero en su laboratorio, celoso de cualquier otra ocupación que lo distrajera de la búsqueda de la Piedra Filosofal. Por eso el Alquimista Joven no había asistido a las recientes Disputaciones.

Pero tal actitud del Príncipe no era necesaria. El Alquimista Joven ardía de la mañana a la noche con la pasión del trabajo; las pocas horas de descanso que le concedía a su cuerpo, adolorido y cada vez más escaso por la actividad incesante a que lo sometía, las tomaba en un camastro que había hecho traer al laboratorio. Una sola vez al día se sentaba a la mesa para tomar, con prisa, los alimentos que le preparaba su ama de llaves, y no era raro que la sopa se enfriara esperando que el Alquimista Joven se desprendiera de sus fuelles y retortas. En dos ocasiones había estado a punto de realizar el Gran Trabajo Perfecto, pero pequeñas faltas (a las que la impaciencia del Alquimista Joven no era completamente ajena), lo habían hecho fracasar en el último momento. De todos modos, era el único que había logrado una preparación de oro tan puro que su brillo sustituía a la luz de las velas en la noche. El Alquimista Joven guardaba el oro purísimo en una Cajita Negra durante el día; cuando llegaba la noche, abría la tapa de su Cajita y la luz llenaba su laboratorio. Horas más tarde, cuando finalmente se iba a dormir, cerraba la tapa de la Cajita.

—Sentí mucho perderme tus sabias palabras en las Disputaciones, Maestro— dijo el Alquimista Joven— pero estoy a la mitad de una Calcinación de Plata Sáfica de la que espero grandes resultados...

—No dije nada que no hayamos discutido tú y yo muchas veces —lo interrumpió el Viejo Alquimista—; y lo mismo puedo decirte de lo que escuché de nuestros respetados y dignos colegas. Sin duda, el me-

yor fue el Sabio Negro, no por lo que dijo, sino por la felicidad que irradiaba...

Los dos amigos hablaron de cosas maravillosas durante muchas horas; cuando se hizo de noche, el Alquimista Joven levantó la tapa de su Cajita Negra, dejando que el brillo del oro purísimo iluminara la habitación. Después de cenar, el Viejo Alquimista encendió su larga pipa y preguntó:

—¿Aún trabajas tan intensamente como antes, cuando compartíamos el Gran Trabajo en mi laboratorio?

—¡Más todavía! —respondió el Alquimista Joven con pasión—. ¡Me falta tanto por aprender! He estado ya cerca de lograr el Gran Trabajo, pero mi mala suerte y mi corta experiencia me han traicionado. Mi Príncipe me ha prometido un nuevo y más grande Vaso de Hermes, que encargó para mí en la Ciudad de las Montañas Nevadas, con el que espero desarrollar los últimos 6 pasos de la Metamorfosis Perfecta. Estoy seguro de seguir tus sabias enseñanzas fielmente, Maestro, y de alcanzar así mi anhelado propósito. Pero hay algo que me inquieta y no me deja dormir —el Alquimista Joven se detuvo en el centro del cuarto, mirando al vacío—. Tengo miedo de que se me adelante uno de los Alquimistas Gordos. Ellos tienen todos los aparatos que necesitan y muchos aprendices; cuando les hace falta una sustancia especial, sus Príncipes envían veloces mensajeros por ella a donde se encuentre, con instrucciones de pagar lo que sea, y al regreso sus Oidores vestidos de rojo dejan pasar a los mensajeros por las murallas sin detenerlos. En cambio, yo sólo tengo lo que ves aquí, Maestro, que es bien poco; no cuento con un solo aprendiz (no tendría dónde alojarlo ni qué darle de comer); el cofre de mi Príncipe está casi vacío, y cuando he requerido Aceite Plateado y Azufroso, los

mensajeros, que por fin lo trajeron, fueron detenidos en las murallas de mi propia ciudad por nuestros Oidores vestidos de rojo durante muchísimo tiempo, ¡y obligados a pagar un enorme impuesto! Mi Príncipe me visita con frecuencia, impaciente porque mi trabajo va despacio, y esto me hace redoblar todavía más mis esfuerzos...

—¿De manera que tú estás compitiendo con los Alquimistas Gordos? —preguntó el Viejo Alquimista, fumando su pipa.

—¡Naturalmente! —contestó el Alquimista Joven, extrañado por la pregunta—. Estamos en el mismo camino, pero mientras ellos corren o vuelan, yo apenas si me muevo como un torpe escarabajo...

—Tienes razón de impacientarte conmigo —dijo dulcemente el Viejo Alquimista—. Cuando yo tenía tu edad también pensaba que mi trabajo era una carrera y que mis competidores eran los Alquimistas Gordos. Mi única ambición entonces era llegar a la meta antes que ellos y ganar fama, poder, y hasta el premio LeBon...

—¡El Premio LeBon! —dijo con ojos brillantes y acento alucinado el Alquimista Joven—. ¡Ese es mi sueño máspreciado! ¡Si yo lo ganara, los Príncipes de todas las ciudades más ricas me invitarían a sus Cortes, tendría todos los aprendices que quisiera, sería uno de los Infalibles!...

El Viejo Alquimista lo miró largamente en silencio, mientras su joven amigo vivía una vez más en su imaginación el momento triunfal en que le entregaban, en la legendaria Corte de los Reyes de Francia, el Premio LeBon, mientras elegantes caballeros y bellísimas damas lo admiraban y todos los Alquimistas del mundo lo aplaudían (y en el fondo, lo envidiaban); también repasaba sus riquezas, sus palacios, los honores que le rendirían al visitar otras ciudades, los poemas que se escribirían sobre



El Alquimista Joven y su Cajita Negra

su descubrimiento, las estatuas que le dedicarían, el éxito...

—El éxito... —dijo el Viejo Alquimista, despertando al Alquimista Joven de sus sueños—. Es curioso, hace poco tuve oportunidad de discutir con un visitante el significado del éxito para los que trabajamos en las Tres Ciencias. Quizá te interese oír un resumen de esta plática, antes de que nos vayamos a dormir...

—Querido Maestro, te escucho con atención —dijo dócilmente el Alquimista Joven, sentándose frente a él y mirándolo con seriedad e interés.

—Sin embargo, antes quisiera decirte algo sobre el Premio LeBon y su significado —dijo el Viejo Alquimista, tocando a su amigo afectuosamente en el brazo y sonriendo un poco—, en vista de la importancia que reviste para tí. Yo creo que el Premio LeBon fue una maravillosa idea de los Reyes de Francia, porque sirvió para establecer un lazo de unión entre los Alquimistas y el resto del Mundo; al reconocer sus Majestades la eminencia de uno de los sabios y premiarla en una gran fiesta, tan grande que sus ecos reverberan más allá de los Pilares de Hércules y llegan a Catay, elevaron nuestras oscuras y casi siempre incomprensibles actividades a la misma categoría de las conquistas realizadas por los más Grandes Capitanes; de las batallas ganadas por los más Famosos Condotieros y de las Obras Maestras de los más Inspirados Artistas. Nunca nos habíamos visto tan elevados (no es por inmodestia que me incluyo, sino simplemente porque pertenezco al gremio), y esto sirvió para que nos sintiéramos parte de la sociedad de los Hombres. Nos hacía falta, porque para muchos de nosotros, y tú eres un bello ejemplo de esto, nuestro trabajo es tan apasionante que tiende a separarnos y aislarnos de nues-

tros semejantes. Pero todo exceso es malo y en la actualidad el Premio LeBon está contribuyendo en gran parte a enajenarnos de las Tres Ciencias. Los Alquimistas hemos aceptado el puente que nos tendió la generosidad de los Reyes de Francia y a través de él nos hemos pasado al otro lado, abandonando en esta orilla solitaria a nuestras queridas y ahora tristes Ciencias...

—¡Pero yo trabajo más que nunca, Maestro!... —dijo el Alquimista Joven.

—Lo sé, hijo mío, lo sé —respondió el Viejo Alquimista—. Toda tu vida está dedicada al Gran Trabajo, pero tu corazón no te acompaña en tus tareas. Y aquí es donde quiero recordar mi conversación sobre el éxito de los Alquimistas, aunque la verdad no sé si mi visitante era real o si todo fue un sueño... El éxito, decía yo, es alcanzar lo que se desea, es hacer realidad nuestras ilusiones. La meta de las Tres Ciencias, y por lo tanto la de nosotros, sus devotos ejecutantes, es alcanzar la Verdad, es penetrar en el mundo oscuro de lo desconocido y hacer la luz, aunque sólo sea en un rinconcito muy pequeño. Pero cuando tú mencionaste tu sueño más ansiado, no te referiste al Conocimiento sino al Premio LeBon...

—¡Pero eso es sólo la consecuencia del triunfo! —protestó el Joven Alquimista.

—Con lo que el Gran Trabajo se transforma en un medio para alcanzar un fin que le es ajeno —dijo el Viejo Alquimista—, en vez de ser él mismo su propio fin. Ese es mi punto, hijo mío, cuando te digo que el Premio LeBon y todas las riquezas, honores y famas que lo acompañan nos han enajenado de nuestra tarea. Ayer éramos un grupo pequeño de amigos que veíamos en la realización diaria del Gran Trabajo nuestra felicidad y que alcanzábamos nuestras mayores satisfacciones en su ejecución

limpia y cada vez menos imperfecta; la sociedad artificial y competitiva no nos tocaba, pero sobre todo, no nos había contaminado con sus propios Triunfos. Sin embargo, ahora las cosas han cambiado. La Ambición duerme en el corazón de los hombres pero tiene el sueño ligero, y los Alquimistas también somos hombres; el ruido de los aplausos, el tintineo de las monedas, el susurro de la adulación la han despertado, y ahora ha sustituido a nuestro amor por la Verdad y la Sabiduría, cambiándolo por una pasión ciega y desenfrenada por el Poder, la Riqueza, la Fama y hasta el Premio LeBon... Lo que en un tiempo fue colaboración amistosa se ha transformado en competencia de enemigos; la angustia de saber ha cedido su lugar a la impaciencia de triunfar; el amor por la Verdad ha sido reemplazado por la pasión del Poder. Los Alquimistas, hemos conocido el Mundo; nos hemos deslumbrado con sus valores, y los hemos adoptado, abandonando los nuestros; como somos seres humanos imperfectos, lo podíamos haber predicho. Pero lo que no sabíamos es que la transformación iba a ser tan dolorosa...

El Viejo Alquimista cerró los ojos y se quedó callado un largo rato, perdido en sus pensamientos. Cuando los abrió, se dio cuenta que el Alquimista Joven se había levantado y estaba mezclando cuidadosamente dos sustancias en un mortero, mientras leía de un viejo volumen un procedimiento egipcio para iniciar la precipitación del Azufre Blanco. El Viejo Alquimista observó a su joven amigo con ojos amorosos durante un rato, después se levantó de su silla y dejando su pipa en la mesa, se puso su gorro puntiagudo, se acercó lentamente a él y empezó a ayudarlo...

Al día siguiente, el Viejo Alquimista regresó a su ciudad.

Un día en el verano, cuando el sol brillaba en el cielo y los árboles mostraban sus mejores ropajes verdes, el Viejo Alquimista decidió ir a pasear al bosque un par de horas antes que de costumbre. Se sentía contento y respiraba con satisfacción el airecillo perfumado de la tarde recorriendo veredas conocidas y canturreando en voz baja una melodía medieval. De pronto, al asomarse desde una loma al claro donde el río formaba un pequeño estanque, se detuvo sorprendido: sentadas a la orilla del agua estaban la Princesa Isabella y dos damas de compañía. La Princesa era la hija única del Príncipe, una lindísima niña de 16 años, rubia como los rayos de sol que se filtraban a través de los árboles y de ojos azules tan claros que parecían flores pálidas.

El Viejo Alquimista se acercó al grupo y quitándose su gorro puntiagudo dijo:

—¡Buenas tardes, Princesita! ¡Buenas tardes, señoras damas!

La Princesa Isabella sonrió al verlo y le contestó:

—¡Buenas tardes, Viejo Alquimista! ¡Cuánto gusto de verlo! Mis amigas y yo estamos disfrutando de la tranquilidad de la tarde. Por favor, siéntese usted aquí...

El Viejo Alquimista se sentó en una piedra al lado de la princesa y le dijo:

—Me quedaré con ustedes un momento. Yo también salí temprano a caminar por el bosque, porque el día está muy bonito y me pareció una lástima quedarme encerrado en mi laboratorio...

—Usted está siempre trabajando, Viejo Alquimista —dijo dulcemente la Princesa—. Debe hacer cosas muy interesantes...

—Nada de lo que yo hago puede competir con el placer de estar aquí con ustedes... —dijo galantemente el Viejo Alquimista.

La Princesa sonrió complacida, pero no dijo nada. Volvió sus ojos hacia el estanque y permaneció silenciosa durante un rato, al cabo del cual dijo, sin mirar a nadie:

—Hace tiempo que quería ir a visitarlo, Viejo Alquimista, pero no lo he hecho por temor a distraerlo de sus ocupaciones...

—Ojalá lo hubiera hecho usted, Princesita. Yo siempre estoy a sus órdenes. Si todavía puedo servirla en algo... —el Viejo Alquimista se interrumpió al darse cuenta de que la Princesa se había puesto muy triste.

—Yo quisiera pedirle una cosa, Viejo Alquimista —murmuró tiernamente la Princesa, mirándolo con sus grandes ojos azules—. Usted debe saber la manera de curar mi mal. Necesito algo que me alivie de la pena del amor... El Caballero a quien he dado mi corazón está ausente y yo vivo envuelta en la tristeza...

El Viejo Alquimista dijo con dulzura:

—Mi querida Princesita, yo bien quisiera poder ayudarla a recuperar la alegría y la felicidad. Pero temo que mis conocimientos y mi trabajo no sirvan para nada en este caso. Las Tres Ciencias sólo se ocupan de cosas que se pueden pesar y medir; el amor no cabe en un alambique, la tristeza se escapa del Gran Vaso de Hermes... Los sentimientos no pertenecen al laboratorio...

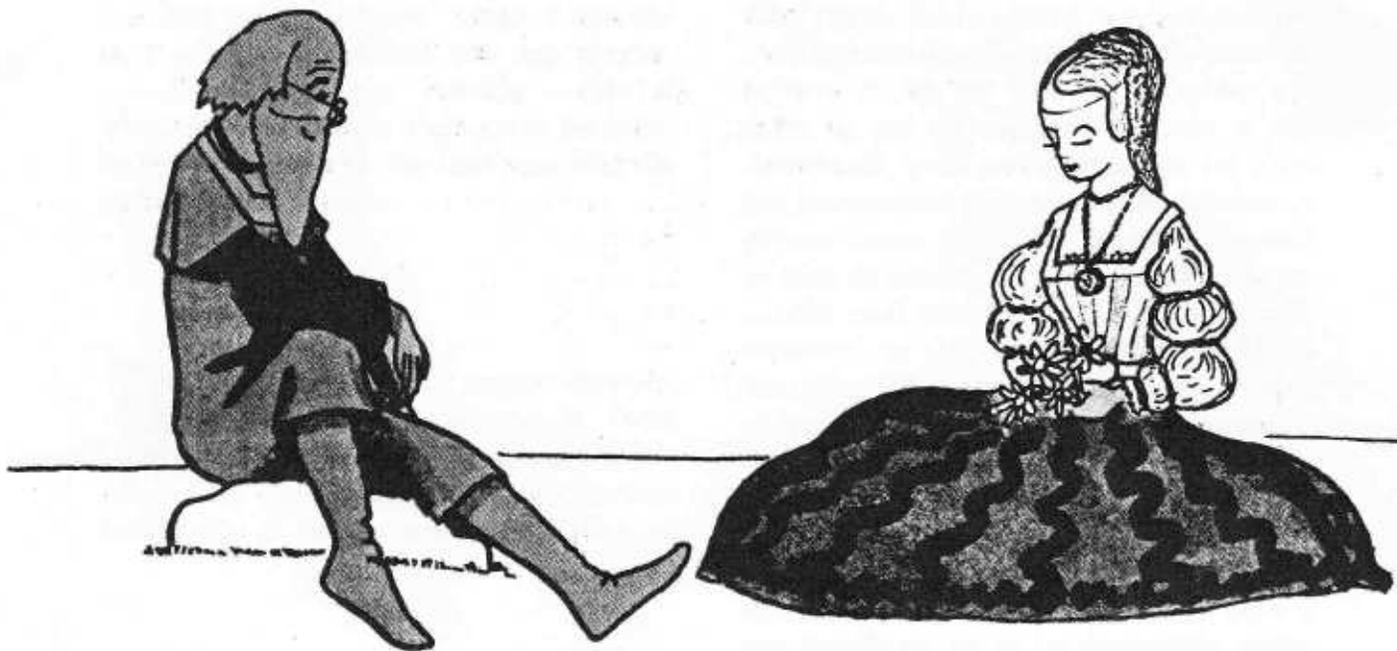
—Pero entonces —dijo con voz angustiada la Princesa— ¿no debería inventarse

otra ciencia más para estudiarlos? ¿No les ha parecido a los sabios que las emociones son importantes? ¿Puede haber algo más trascendente que el amor?...

El Viejo Alquimista miró la superficie tersa y brillante del agua, ondulada apenas por el viento suave y tibio que acariciaba la superficie del estanque, para después agitar levemente los hilos de oro en la cabeza de la Princesita. Buscando con cuidado las palabras, dijo con voz lejana:

—Si las Tres Ciencias no se ocupan de las emociones y de los sentimientos, de la amistad y del amor, de la belleza y del heroísmo, de la compasión y de la santidad, y de tantas otras formas de expresión de nuestra vida interior, no es porque las consideren de poca importancia o inexistentes. Para hacer la decisión de su contenido, las Tres Ciencias toman toda la experiencia humana y la filtran a través de su Método. Lo que se queda lo llevamos al laboratorio para estudiarlo: lo que se escapa pertenece a otras actividades como la Poesía, la Pintura, la Música, la Filosofía... Los científicos no negamos la existencia de estos otros campos; de hecho, participamos también en casi todos, pero entonces ya no como científicos sino como seres humanos. Con frecuencia, en mi laboratorio, debo destilar líquidos y aislar de ellos sus diversos componentes; a veces de una sustancia poco atractiva voy obteniendo materias de hermosos colores, como si mi frasco se fuera llenando, poco a poco, con gotitas de arco iris. Estoy seguro, Princesita, que usted disfrutaría de esa belleza tanto como de un atardecer multicolor en las montañas. Pero ni la producción de la mezcla policromada, ni la emoción estética que derivo de ella, son el objeto de mi trabajo. Lo que yo busco es el conocimiento. La hermosura que oca-





"...se sentó en una piedra al lado de la Princesa..."

sionalmente surge frente a mí, y la gran satisfacción que siento al disfrutarla, son elementos accidentales. Aunque siempre bienvenidos, mi propósito en el laboratorio no es encontrarlos, sino comprender mejor a la Naturaleza...

—¿Y el amor?... preguntó la Princesa.

—El amor no se estudia, Princesita; el amor se vive —contestó el Viejo Alquimista con una sonrisa—. Ni la balanza más fina puede pesar un gramo de amor, ni el Alquimista más experto de la Tierra puede destilarlo, concentrarlo o precipitarlo. No existen procedimientos secretos para sintetizar el amor. Todos los sabios del mundo juntos son incapaces de explicar la turbación interna que se siente cuando se aproxima el ser amado... o la tristeza infinita cuando se aleja...

—Entonces, Señor Viejo Alquimista, ¿las Tres Ciencias no pueden ayudarme? —preguntó tristemente la Princesa.

Incorporándose, el Viejo Alquimista hizo una reverencia y dijo:

—Hay muchas cosas que las Tres Ciencias no estudian y resultaría absurdo utilizar el Método en campos donde no tienen aplicación.

Por otro lado, Princesa, no existe ninguna otra forma válida de conocer la Verdad más que a través de las Tres Ciencias. Para explorar las leyes que rigen el movimiento de los astros en el cielo de nada valen las ilusiones de los adivinos o las opiniones basadas en la pura imaginación; lo único que sirve es la aplicación diligente del Método de las Tres Ciencias. En cambio, la única solución para el amor, Princesita... es el amor. Pero en eso no tengo la menor duda de que el afortunado Caballero aliviará muy pronto su tristeza, que seguramente a él lo llena también, y que ahora mismo lo está estimulando a regresar lo antes posible.

—Mil gracias, Señor Viejo Alquimista... —dijo la Princesa con una sonrisa.

—Adiós, Princesita Isabella —dijo el Viejo Alquimista y se alejó entre los árboles, canturreando en voz baja una melodía medieval... de amor.

Una tarde, poco tiempo después, llegó un mensajero a la Torre de Marfil a avisarle al Viejo Alquimista que el Mago Mergilio deseaba hablar con él en la noche y que iría a su



El Mago Mergilio

laboratorio. En la ciudad todos sabían que el Mago nunca salía de su cueva mientras brillara el sol; los estudiantes habían corrido la voz de que pasaba todo el día durmiendo, pero ya sabemos que los jóvenes irreverentes piensan que los adultos se portan como si fueran jóvenes. Cuando se hizo de noche, el Viejo Alquimista encendió unas velas y, tomando un pesado volumen, se dispuso a esperar al Mago Mergilio. Al cabo de unas horas el Mago entró silenciosamente al laboratorio y, después de sentarse al lado del Viejo Alquimista, que se había dormido esperando, lo despertó diciendo:

—¡Viejo Alquimista, despiértese ya! Hace más de una hora que estoy aquí y por prudencia no lo he despertado antes, pero no puedo pasarme toda la noche viéndolo dormir...

El Viejo Alquimista se despertó dando un salto de la silla; al ver al Mago empezó a deshacerse en disculpas:

—¡Mil perdones, Mago Mergilio! ¡Siento muchísimo haberlo tenido esperando, pero usted debería haberme despertado en cuanto llegó! Le agradezco su gentileza y otra vez le ruego me perdone. Ya estoy viejo y me quedo dormido fácilmente...

—Bueno, bueno, no importa —dijo el Mago Mergilio, satisfecho de que su truco había dado resultado—. Siéntese usted y vamos a hablar de un asunto muy importantísimo. El Príncipe me ha pedido que usted y yo combinemos fuerzas para lograr algo muy importantísimo para él... muy importantísimo...

(Debo aclarar que para el Mago Mergilio todo era "muy importantísimo").

El Viejo Alquimista lo escuchaba con gran atención, no sin desear haber tenido su larga pipa en el laboratorio.

—El Príncipe desea que hagamos apa-

recer un cometa rojo de larga cola azul, para celebrar las bodas de su hija la Princesita Isabella con un Caballero que regresará muy pronto. El cometa debe ser muy importantísimo, de gran tamaño, debe brillar tres días y tres noches y desaparecer al terminar las fiestas del casamiento de la Princesita. Estará usted de acuerdo en que es muy importantísimo que logremos...

—¿Un cometa? ¿Hacer aparecer un cometa? —el Viejo Alquimista no salía de su asombro—. ¿A fecha fija? ¿Un cometa rojo de larga cola azul?...

—Es muy importantísimo —dijo el Mago Mergilio, no sabiendo qué otra cosa decir, y esperando que el Viejo Alquimista se recuperara del impacto de la solicitud del Príncipe.

—Pero, mi querido Mago Mergilio —dijo, un poco más calmado, el Viejo Alquimista—, este deseo del Príncipe cae completamente dentro de su departamento. Yo podría calcular cuándo aparecerá el próximo cometa, que por cierto no será rojo ni tendrá la cola larga o azul, pero conjurar un cometa para que aparezca... se sale...

—¿Cómo que mi departamento? ¡No, no, no! —dijo apasionadamente el Mago Mergilio—. Yo soy un simple Mago, mis poderes son muy escasos; apenas si puedo hacer que se apaguen las velas sin soplar —en ese momento se apagaron las velas que el Viejo Alquimista había encendido—, y que se vuelvan a prender solas —las velas se encendieron solas, como por arte de magia— ...o que se muevan las mesas de este cuarto —las mesas empezaron a moverse—; pero hacer que aparezca un cometa se sale definitivamente de mi capacidad. En cambio —dijo sonriendo aduladoramente— usted es el más grande de los Doctores en el Arte Alquímicamente, la

Sagrada Cábala y la Tercera Ciencia. Con sus profundos conocimientos y su extensa experiencia, puede lograr cosas muy importantísimas...

El Viejo Alquimista se quedó callado; ahora más que nunca le hacía falta su larga pipa. Se incorporó de su silla, caminó un poco en el laboratorio, se volvió a sentar y con voz serena le dijo al Mago Mergilio, que lo miraba con ojos impacientes:

—Querido amigo, debo decirle algo que considero... pues... muy importantísimo... para la petición de nuestro Príncipe. A pesar de que las Tres Ciencias son capaces de hacer grandes cosas, siempre operan dentro de dos principios completamente inviolables: la causalidad y lo natural. El principio de la causalidad establece que cada efecto tiene una o más causas; los fenómenos que observamos tienen como antecedentes inmediatos otros fenómenos. Cuando hemos establecido una secuencia clara y reproducible, si después de A siempre hemos observado que sigue B, empezamos a pensar que A tiene una relación causal con B. El otro principio, de lo natural, especifica que el mundo que estudiamos es el accesible a nuestro entendimiento, o sea, que lo podemos comprender porque se comporta siguiendo ciertas reglas que ya conocemos. En cambio, la Magia se caracteriza por funcionar en la esfera de la acausalidad y de lo sobrenatural; los fenómenos que produce no tienen causas reconocibles y con frecuencia ocurren a pesar, y, a veces, hasta en contra, de las reglas del mundo de lo natural. Lo que el Príncipe pide es que conjuremos un cometa con ciertas características y a fecha fija; esto viola la causalidad y pertenece al ámbito de lo sobrenatural. Por lo tanto, no tiene nada que ver con las Tres Ciencias y corresponde por completo a la Magia.

El Mago Mergilio estaba estupefacto e indignado a la vez. Se puso a gritar:

—¡No entiendo nada de lo que usted dice! ¡Esto es muy importantísimo para el Príncipe! ¡La Princesa Isabella es su única hija y él quiere un cometa rojo de larga cola azul! ¡Usted tiene que ayudarme, porque yo solo no puedo hacerlo! ¡No me salga ahora con que ese no es su departamento!...

El Viejo Alquimista esperó a que el Mago Mergilio se calmara un poco y, aprovechando un momento en que se calló para tomar aire, le dijo rápidamente:

—No se impaciente usted conmigo, mi buen amigo Mago Mergilio. Creo que juntos podemos conjurar una solución a este problema, en vista de que no podemos conjurar el cometa que desea nuestro Príncipe. Bastará con que usted corra el rumor en el Castillo de que el Sultán de Ultratierra hizo aparecer un cometa igual al que quiere nuestro Príncipe, para celebrar el nacimiento de sus nuevas panteras verdes; con esto, nuestro Príncipe cambiará inmediatamente su deseo, pues ya sabemos que no le gusta copiar los portentos de otras ciudades. Al mismo tiempo, debe usted pedirle a la Princesita Isabella que, como regalo de bodas, solicite a su padre algo maravilloso, pero cuidando que esté dentro de los poderes de su Mago. Estoy seguro que nuestro Príncipe no podrá negarse. De esta manera, brillará usted en la Corte una vez más, como se merece; la Princesita tendrá un feliz matrimonio, el Príncipe estará satisfecho...

—¡Y yo habré hecho algo muy importantísimo!... —dijo encantado el Mago Mergilio, feliz con la solución que le proponía el Viejo Alquimista. Sin embargo, inmediatamente agregó—: ¿Y usted, mi querido amigo?...

—Yo asistiré a la boda de la Princesita Isabella con su Caballero y lloraré de contento al verla tan radiante y tan hermosa, como hacemos todos los viejos en las ocasiones felices... —dijo tranquilamente el Viejo Alquimista, pensando una vez más en su larga y sabrosa pipa. Y agregó—: Pero todavía debo decirle algo más, mi admirado Mago Mergilio, respecto a las Tres Ciencias, porque me interesa que se lleve usted una idea más completa de su naturaleza y sus alcances.

—Lo escucho con atención —dijo el Mago Mergilio, mirando de reojo hacia la puerta de la Torre de Marfil y sentándose en la orilla de su asiento, en actitud de despedirse.

—Decía yo que las Tres Ciencias funcionan dentro del ámbito de la causalidad y de lo natural —dijo lentamente el Viejo Alquimista—; pero debo agregar que el conocimiento derivado de la aplicación del Método también tiene características peculiares y muy diferentes del obtenido por la Magia. La verdad es que nosotros los científicos no sabemos nada con certeza: el conocimiento absoluto nos está vedado, en parte por nuestras propias limitaciones, y en parte por la Naturaleza misma...

—Muy importantísimo —murmuró el Mago Mergilio, sin entender nada.

—Cuando un sabio dice que sabe algo, lo que conoce es simplemente la probabilidad de que un Experimento dado, que ha seguido especificaciones muy rigurosas y generalmente muy artificiales, dé resultados predecibles. El grado de confianza que puede tenerse en una predicción es realmente la medida de nuestra certeza; aun en los casos más simples y, por lo tanto, más favorables, nuestro conocimiento debe expresarse como una probabilidad, derivada del número de veces que hemos

hecho el mismo Experimento. La paradoja de lo que digo es que, a pesar de que el hombre sólo puede aproximarse a la Verdad, sin nunca llegar a alcanzarla, los resultados de los trabajos en las Tres Ciencias pueden ser utilizados de manera práctica. En su Infinita Sabiduría, Dios nos ha hecho imperfectos, pero en su Infinita Bondad, nos ha concedido la gracia de poder aprovechar nuestras imperfecciones, haciendo un Mundo tolerante de la inexactitud y la verdad incompleta...

—Muy importantísimo —susurró el Mago Mergilio, deslizándose hacia la puerta.

—Hace un momento yo decía que podemos calcular la fecha de aparición de un cometa. Los detalles técnicos del procedimiento que seguimos no vienen al caso; además, se conocen desde hace muchísimos años. Lo importante es que siguiendo nuestros cálculos, el fenómeno debe ocurrir en un momento determinado; para ser más exacto, en un instante determinado. Pero nuestros cálculos se basan en cierto número de observaciones previas. Basta con que una sola de estas observaciones se haya equivocado, aun en unos cuantos granitos de arena de nuestros relojes, para que nuestra predicción sea incorrecta. Claro que si hubiéramos dicho al Príncipe que el cometa aparecería la noche anterior a las bodas, nuestro error no hubiese sido aparente; pero esto no es satisfactorio. Tales de Mileto, hace más de dos mil años, podía predecir fenómenos celestes con mayor exactitud. Nosotros aspiramos a reducir el margen de error, a aumentar la probabilidad de estar en lo cierto en predicciones mucho más finas. Y esto es todo en las Tres Ciencias: sabiendo que la Verdad absoluta es inalcanzable, nosotros seguimos aspirando a ella, aumentando cada vez más la probabilidad de estar

en lo cierto, disminuyendo progresivamente la magnitud de nuestras equivocaciones. Derrotado en principio en su ambición de igualar a Dios en la Tierra, el hombre es incapaz de aceptar sus limitaciones humanas y persiste, con noble, pero inútil, terquedad, en su lucha infinita e imposible...

El Viejo Alquimista comprobó que el Mago Mergilio ya había desaparecido, apagó rápidamente sus velas y se fue a su casita, a buscar su muy deseada pipa.

Pasaron muchos años, y el Viejo Alquimista siguió su vida de siempre, trabajando en su laboratorio durante el día y fumando su pipa frente a su chimenea en la noche. El Príncipe se ausentaba con frecuencia de la ciudad pues había concertado una Alianza con el Gran Duque de la Ciudad Marina para defenderlo del Rey de Nkgrtshwp. Después de varias batallas, el Príncipe había logrado derrotar definitivamente al ejército mercenario del Rey de Nkgrtshwp. Ahora se encontraba en la Ciudad Marina, esperando que el Gran Duque cumpliera su palabra: la mitad de la próxima captura de barcos turcos por la flota pirata de la Ciudad Marina sería para el Príncipe.

Empezaba el invierno cuando llegaron noticias a la ciudad de que el Príncipe regresaba, cargado de riquezas, porque los piratas habían capturado ochenta barcos turcos llenos de oro y piedras preciosas. Pronto corrió el rumor que ahora el Príncipe era inmensamente rico y que la ciudad se iba a transformar en un emporio de belleza, que vendrían muchos ingenieros y arquitectos a construir un nuevo y más grandioso castillo, así como los Artistas más famosos a decorarlo; la Corte iba a ser tan fastuosa como la del Rey de Samarkanda,

y hasta los Oidores vestidos de rojo tendrían trajes nuevos y elegantes.

Todo eso era cierto y mucho más. Las riquezas que había ganado el Príncipe eran tan grandes que la ciudad nunca volvería a ser pobre, aunque todos los ciudadanos dejaran de trabajar y se dedicaran a hacer fiestas diariamente. Se abolieron los impuestos porque las arcas del castillo estaban tan llenas de oro que ya no había lugar donde ponerlo; los carpinteros trabajaron día y noche haciendo veinte enormes cajas, del tamaño de un cuarto entero cada una, para guardar las joyas. El Príncipe mandó regalar cien monedas de oro a cada habitante de la ciudad porque todo su castillo estaba tan lleno que ya no se podía entrar en él; pero los bandos que proclamaron la buena noticia insistieron en que lo hacía para demostrar, una vez más, su Real Generosidad.

Una tarde de invierno, en que el Viejo Alquimista examinaba con atención unos grabados del *Codex Germanicus*, llegó un visitante a su Torre de Marfil. Era el enano tuerto del Príncipe. Venía arrastrando un enorme saco con todas sus pertenencias y tenía una cara muy afligida. Los años no habían pasado impunemente por él y ahora, además de enano y tuerto, también estaba viejo y cansado. Dejó el saco en la puerta de la Torre, se limpió la nieve de los zapatos, y desde ahí dijo:

—¡Muy buenas tardes, Viejo Alquimista! ¿Me permite pasar un momento a verlo?...

—¡Buenas tardes, querido amigo, buenas tardes! —dijo el Viejo Alquimista, sorprendido con la visita—. Por favor, pase usted, pase usted, esta es su casa. Le suplico perdone que todo esté tan revuelto, pero es que hoy he tenido un día muy atareado...

—No importa —dijo el enano tuerto—. Sólo estaré aquí poco tiempo...

El Viejo Alquimista lo invitó a sentarse y el enano tuerto se encaramó con dificultad en la silla que le ofrecían y que resultaba demasiado alta para él. Una vez ahí se quedó mirando al Viejo Alquimista mientras éste guardaba su pesado libro junto a otros volúmenes, atizaba un poco el fuego de la gran chimenea, y finalmente se sentaba frente a su visitante,

—Hace mucho que no lo veía, Goliath (así había bautizado el Príncipe al enano tuerto), y le agradezco mucho que haya venido a visitarme. ¿Cómo va la construcción del Nuevo Castillo?... —dijo el Viejo Alquimista con ánimos de iniciar la conversación.

—Bien, bien, ya casi está terminado —dijo Goliath con voz cansada—. A pesar de su descomunal tamaño, con catorce torres y más de trescientos cuartos, los arquitectos que trajo el Príncipe han utilizado nuevas técnicas y todo parece indicar que estará listo antes de que termine el año. El Príncipe está planeando grandes festejos para la inauguración...

—¿Y sus habitaciones, mi querido amigo? ¿Están quedando cómodas y agradables? —preguntó el Viejo Alquimista.

—No hay habitaciones para mí en el Nuevo Castillo —dijo con amargura el enano tuerto.

—Entonces, le hará el Príncipe un pequeño castillo especial a Goliath? —dijo bromeando el Viejo Alquimista.

El enano tuerto movió la cabeza en sentido negativo y se quedó callado, mirando el suelo con su único ojo. Después de un momento, casi interminable, dijo:

—El Príncipe ha comprado 6 enanos nuevos, tres negros y tres amarillos, que no solamente son jóvenes, sino que también



saben hacer malabarismo y toda clase de suertes, contar cuentos alegres y predecir el futuro por medio del Zodíaco. En cambio, a mí me mandó llamar para decirme que ya no me quiere en la Corte y que debo irme. En pago a mis servicios me ha obsequiado una moneda de oro... —el enano sacó de su bolsa una pequeña monedita, la miró y rompió a llorar como un niño.

—Calma, mi querido amigo, calma —dijo conmovido el Viejo Alquimista y esperó a que Goliath se serenara un poco—. Yo lo invito a usted a vivir conmigo. Tengo una casita cercana y vivo solo...

—Muchas gracias, Viejo Alquimista, pero temo que no será posible —dijo el enano tuerto—. El Príncipe me pidió que viniera a verlo a usted para decirle que ya tampoco necesita de sus servicios... Con su riqueza ha logrado atraer a la ciudad a un famoso constructor de máquinas de guerra que también es escultor, a un fabricante de bombas para subir agua y a un tejedor de tapices de Oriente. El Príncipe

"...se encaramó con dificultad en la silla..."

dijo que lo que usted hace no sirve para nada...

—¿Que las Tres Ciencias no sirven para nada? ¿Eso dijo el Príncipe? —dijo incrédulo el Viejo Alquimista.

En lugar de contestar, el enano tuerto asintió con la cabeza y se quedó callado. El Viejo Alquimista permaneció sentado frente a él un rato, perdido en sus pensamientos. Después se levantó y empezó a recorrer lentamente su laboratorio, mirando sus alambiques y retortas por última vez, acariciando su astrolabio y tocando el lomo de sus grandes libros. El enano tuerto lo seguía con su mirada única, incapaz de interrumpirlo o de romper el silencio. Por fin, se atrevió a decirle con timidez:

—Viejo Alquimista...

Como si despertara de su sueño, el Viejo Alquimista le contestó tenuemente:

—¿Si?... ¿Me habló usted? —y lanzando una última mirada a su gran Vaso de Hermes regresó al lado del enano tuerto, quien le dijo:

—No se ofenda usted por lo que voy a decirle, pero yo nunca he sabido para qué sirve lo que usted hace encerrado aquí, en su laboratorio. Por lo que a mi respecta, cuando me trajeron a esta ciudad me dijeron que mi función en la Corte era divertir y proporcionar compañía a mi Príncipe, aunque confieso que nunca he sido gracioso, ni el Príncipe requería mi presencia cuando se sentía solo. Pero cuando llegaban otros Príncipes invitados, o cuando mi señor concedía audiencias, yo siempre debía estar presente, vestido con mis mejores ropas, para que todos vieran que nuestra Corte era como las más ricas y fastuosas de otras ciudades. Por eso he pensado que mi función era más bien decorativa y simbólica. Los seis enanos nuevos del Príncipe

pueden reemplazarme fácilmente en ese papel... y además, ninguno es tuerto...

El Viejo Alquimista lo había escuchado con interés, sorprendido de que el enano tuerto hablara tanto. Las pocas veces que lo había visto en la Corte del Príncipe, el enano tuerto no había abierto la boca y su hermetismo era proverbial. Pero ahora parecía haberse liberado de lo que le impedía hablar y estaba revelando que, a pesar de su pequeño tamaño, dentro de él vivía un hombre como cualquier otro. Después de una pausa, el enano siguió diciendo:

—Pero usted, Viejo Alquimista, casi nunca iba a la Corte, de modo que el Príncipe no lo necesitaba para exhibirlo. Los nuevos sabios que el Príncipe ha contratado hacen cosas diferentes, lo que me hace pensar que cuando usted se vaya ya nadie va a trabajar en las Tres Ciencias en esta ciudad. ¿Es posible que la ciudad siga existiendo sin un Alquimista? ¿No irán a pasar cosas terribles? La verdad, aunque yo no sé para qué sirven las Tres Ciencias, cuando el Príncipe me dijo que usted también se iría de la ciudad me dió miedo quedarme aquí...

—En cierta forma, Goliath, tiene usted razón en lo que dice. Sin las Tres Ciencias van a pasar cosas terribles en esta ciudad —dijo el Viejo Alquimista—, aunque no como las que usted pudiera imaginarse. No habrá terremotos ni diluvios, no nacerán todos los niños muertos ni empezarán a hablar los perros. Pero, poco a poco, el Maligno se irá apoderando del espíritu de los hombres y éstos perderán la oportunidad de satisfacer la más elevada de las aspiraciones... No se asuste, amigo mío, todavía pasarán algunos años antes de que esto empiece a ocurrir. Pero usted me ha preguntado para qué sirve lo que yo hago y quisiera decírselo de la manera siguiente:

todos los siervos de Dios somos imperfectos. Así nos hizo El y nos puso en este mundo para que tratemos de corregir nuestras imperfecciones y nos hagamos dignos de entrar en su Reino.

El enano bajó con tristeza la mirada de su único ojo al suelo y el Viejo Alquimista dijo rápidamente:

—No, mi querido amigo, no hablo de las imperfecciones físicas que todos tenemos. Esas son superfluas y no tienen importancia, excepto en las mentes frívolas de los cortesanos; me refiero a las deficiencias en nuestras relaciones con la Obra del Señor. Imagínese usted por un momento a la Naturaleza, tan llena de cosas maravillosas e incomprensibles: los astros girando en el cielo por toda la eternidad, las estaciones del año, la existencia del día y de la noche, las montañas y los ríos, los girasoles y el trigo, los pájaros y las luciérnagas. En medio de toda esta riqueza esplendorosa está el Hombre, formando parte de ella, aprovechándola para satisfacer sus necesidades, admirándola en los escasos momentos que le dejan libres sus diarias tareas, y amándola cuando posee la Inspiración Divina para dejar hablar a su corazón. Pero aunque la use, la admire y la ame, hay algo más que el Hombre debe hacer con la Naturaleza: comprenderla. Dios nos ha dado sentidos y entendimiento y nos ha puesto en el centro del Mundo creado por El, pero no nos ha dado el conocimiento; en su lugar, nos ha llenado de curiosidad y de ansias de saber. En su infinita Sabiduría, el Señor ha dispuesto que existan sobre la Tierra todos los elementos para que se desarrolle el drama de la vida del Hombre: tenemos la inteligencia necesaria para comprender los misterios de su Obra; tenemos el estímulo que nos anima y nos empuja a preguntar y a

tratar de encontrar respuestas a nuestras preguntas, y, finalmente, tenemos una ignorancia casi infinita de la Obra del Señor. Las Tres Ciencias representan un esfuerzo por reducir esta ignorancia, penetrando lentamente y con paso inseguro en lo desconocido. La tarea es larga y difícil y nadie sabe si el entendimiento del Hombre será capaz de comprender la totalidad de la Naturaleza. Perdidos en la inmensidad de lo desconocido, alumbrados apenas por la tenue luz de nuestro entendimiento, es posible que algún día nos tropecemos con un Misterio demasiado grande y complejo para la inteligencia que Dios nos ha dado. Pero aun si esto llegara a ocurrir, algo más habremos comprendido: que la capacidad del Hombre para penetrar los Designios de Dios en la Naturaleza tiene un límite.

—Yo diría que sí... —dijo tristemente el enano tuerto.

—Y yo digo que no sé... —contestó el Viejo Alquimista—. Pero, volviendo a su pregunta, mi querido amigo, las Tres Ciencias son el mecanismo inventado por el Hombre para decidir quién de los dos tiene la razón. Al Príncipe no le sirven las Tres Ciencias porque él no está interesado en saber, sino en mandar; su corazón no persigue la Verdad, sino el Poder. En eso no es diferente de la mayoría de los hombres, ni es por eso más o menos bueno o justo que todos ellos. Simplemente, creo que es menos feliz... y menos libre de lo que puede ser. La ambición esclaviza, mientras la verdad libera...

El Viejo Alquimista se quedó callado un largo rato, al cabo del cual dijo:

—Cuando nuestra ciudad era pobre y no teníamos los medios para competir con Samarkanda, nuestras aspiraciones tampoco podían ser las de ella. La vida era sencilla y a veces hasta difícil, pero en ausen-

cia de tantos atractivos y distracciones, los hombres de esta ciudad tenían más inclinación a voltear hacia adentro, en busca de riquezas más personales. En esa época, no lejana, la búsqueda de la Verdad y la adquisición del Conocimiento eran actividades legítimas, cuya utilidad era proporcionar la satisfacción que da el mejor entendimiento de la Realidad. En esa situación, las Tres Ciencias son útiles, porque la aplicación diligente del Método permite alcanzar un valor que perseguimos y que estimamos como importante. Pero con la llegada de los tesoros de los barcos turcos nuestra ciudad se ha transformado: los valores que ahora perseguimos ya no son interiores y no tienen nada que ver con las Tres Ciencias. Hemos adoptado las costumbres superficiales y las modas ostentosas de Samarkanda, ahora que ya tenemos la afluencia económica para hacerlo. Y con esto, a pesar de que materialmente hemos progresado, la verdad es que como seres humanos nos hemos empobrecido... La vida se ha hecho más compleja, pero también más superficial e intrascendente. Yo prefiero ir a otro sitio, no sé a dónde, en busca de una vida más simple, pero también más profunda, y, sobre todo, más individual, más mía...

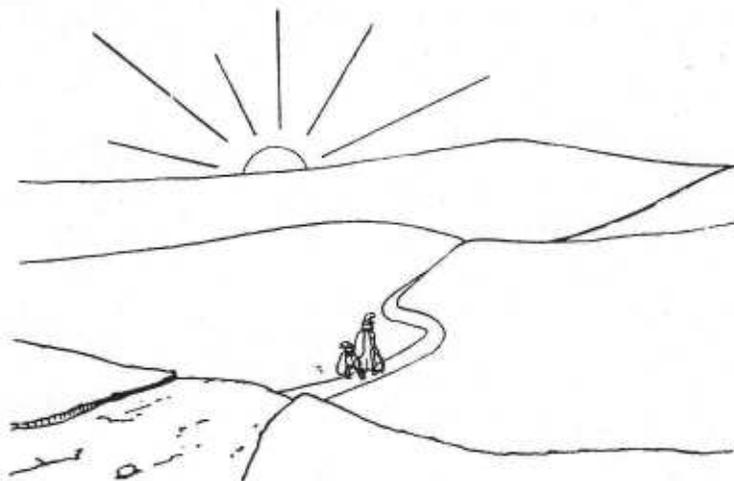
Como si despertara de un sueño, el Viejo Alquimista sonrió y dijo suavemente al enano tuerto:

—Se está haciendo tarde, mi querido amigo. Conviene que empecemos a pensar en nuestro viaje. Espero que no tenga inconveniente en que nos vayamos juntos...

—Al contrario, Viejo Alquimista —dijo el enano tuerto—. Prefiero viajar con usted a aventurarme solo por esos caminos de Dios...

Salieron juntos de la Torre de Marfil y fueron hasta la casita del Viejo Alquimista. Este recogió sus escasas pertenencias personales, tomó su bastón torcido, miró por última vez su sillón y su chimenea y salió al jardín. Con una reverencia amorosa se despidió de sus flores, que parecían incongruentes luciendo su belleza contra el manto blanquísimo de la nieve, y se alejó caminando al lado del enano tuerto en dirección a la Gran Puerta de la ciudad. Conforme las figuras de los dos amigos se fueron empequeñeciendo, todas las flores del jardín empezaron a perder sus pétalos, se arrugaron y sus delgados tallos se colapsaron y desaparecieron en la nieve...

Que era como debía ser, porque todo el mundo sabe que en el invierno es imposible que haya flores.



Esta es la cuarta edición en español,
de la cual se imprimieron 2000 ejemplares
más sobrantes para reposición.
Se terminó de imprimir en junio de 2001,
en los talleres de Editorial Cromocolor, S.A. de C.V.,
Miravalle 703, Col. Portales,
C.P. 03570, México, D.F.